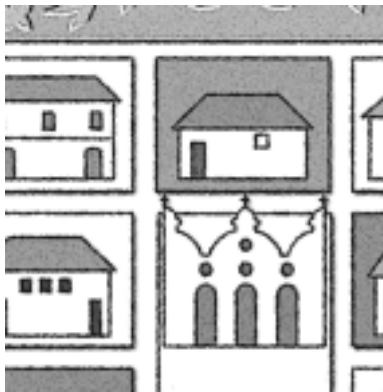


# La historia de Antioquia, entre lo real y lo imaginario. Un acercamiento a la versión de las élites intelectuales del siglo XIX



## Juan Camilo Escobar Villegas

Historiador de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París. Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. DEA de la EHESS y Doctor en Historia y Civilizaciones de la misma institución. Actualmente Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT, e investigador del Centro de Investigaciones de los Mundos Americanos (CERMA) en París. Perteneció al equipo francés ACI-JC que desarrolla la investigación “La Ruta de Nápoles”, y dirige el equipo de la Universidad EAFIT que participa en la misma.

Recepción: 16 de octubre de 2003 | Aceptación: 30 de abril de 2004

## Resumen

La historiografía de Antioquia y la representación que los antioqueños se han hecho de sí mismos son objetos de estudio histórico. Ellos pueden ser analizados desde una perspectiva positivista en la que se pretende demostrar que esa historiografía y esa representación son reales y verdaderas. No obstante, también pueden analizarse desde una perspectiva histórica que intente responder la siguiente pregunta: ¿Cómo y quienes han construido la historia de Antioquia y qué función cumplen sus resultados? Este trabajo responde por medio de un estudio de algunas de las obras de carácter histórico que las élites intelectuales del siglo XIX elaboraron para explicar su pasado y definir su presente. Dicho estudio se apoya principalmente en los criterios teóricos que la historia de los imaginarios sociales ha desarrollado en las dos últimas décadas.

## Palabras Claves

Antioquia  
Medellín  
Élites intelectuales  
Representaciones sociales  
Imágenes mentales  
Historiografía regional



## The history of Antioquia, between reality and the imaginaries. A closer look at the version of the intellectual elites of the 19<sup>th</sup> Century

### Abstract

The historiography of Antioquia and the representation that the people of Antioquia have made of themselves is currently the object of a historical study. They can be analyzed from a positive perspective in which they pretend to show that that historiography and those representations are real and truthful. Nevertheless, they can also be analyzed from a historical perspective that intends to answer the following question: How and who are the ones who have built the history of Antioquia and what is the function of their results? This project answers through the study of some works of historical character, that the intellectual elites of the 19<sup>th</sup>. Century elaborated in order to explain their past and to define their present. Such study is mainly supported on the theoretical criteria that has been developed by the history of social imaginaries in the last two decades.

### Key Words

Antioquia  
Medellín  
Intellectual elites  
Historiography  
Social imaginaries  
History of Antioquia

*“Una leyenda es tan ‘real’ como una ruina”.*

Jean-Claude Schmitt, 1979

### Introducción



La presentación de la región de Antioquia en este texto no pretende ser la última versión de su historia y su geografía. Se quiere más bien entender el trabajo de las élites intelectuales del siglo XIX a través de algunas de sus observaciones sobre el espacio donde habitaron y sobre los individuos que las precedieron. Existen sin duda estudios de síntesis muy rigurosos sobre los siglos coloniales, efectuados por historiadores y geógrafos contemporáneos, como para pretender incorporar análisis novedosos al conocimiento de esa época.

En realidad, el período de interés en este estudio es el siglo XIX. No obstante, se requiere dar una mirada a los tiempos de la Colonia. Con ello se cumple un doble propósito: presentar el contexto histórico-geográfico de la región y a la vez introducirse en las maneras de pensar de los hombres de letras del siglo XIX y comienzos del XX. Con ese fin se utilizan,

aunque en forma muy general, trabajos de autores recientes enlazados con textos de escritores decimonónicos. Dicho ejercicio permite aproximarse de una vez a las ideas que facilitaron a las élites intelectuales de Antioquia erigir un conjunto de imágenes mentales de su propia sociedad, gracias a las publicaciones que circularon entre los continentes y a la legitimación que lograron de ciertas prácticas compartidas por los letrados de Europa y América en razón del “proyecto civilizador” que les era común. En otras palabras, se verá cómo las ideologías, los objetos culturales y las prácticas sociales se interrelacionaron en el trabajo intelectual de las élites de Antioquia del siglo XIX con el fin de que se pueda comprender el poderoso imaginario identitario regional fabricado durante la época dorada de los nacionalismos europeos y americanos.

### 1. La ocupación del espacio

La región de Antioquia se encuentra al Noroeste de Colombia. Su territorio está cruzado por la Cordillera de los Andes donde se forman toda clase de pliegues geográficos que ocasionan a la vez una gran variedad de paisajes, climas y temperaturas

gracias a su proximidad con la línea del Ecuador. Manuel Uribe Ángel (1822-1904), médico, geógrafo e historiador del siglo XIX, le dio gran importancia a esa condición espacial cuando afirmó que “*dos grandes cadenas de montañas del enorme sistema andino, con sus ramificaciones y apéndices, recorren en la dirección general de sur a norte el territorio del Estado de Antioquia, haciéndolo por tanto muy quebrado.*” (Uribe Ángel, 1885: 19).

De otra parte, los libros para la enseñanza escolar de mediados del siglo XX afirmaron que esas altas planicies moderadas de los Andes septentrionales del Occidente de Colombia eran “*el hogar de los sobrios y enérgicos antioqueños*”, calificativo con el cual se puede vislumbrar el carácter de la literatura identitaria en la narración de los manuales escolares. En efecto, los textos educativos de geografía e historia se han preocupado por proporcionar a los estudiantes una serie de datos de orden material sobre el espacio, sin ahorrarse, al mismo tiempo, palabras para adjetivar las poblaciones que en él viven. Con frecuencia se han tratado de establecer ciertos determinismos entre el carácter psicológico de los pueblos y el tipo de territorio en el cual existen. Por eso, la fisonomía montañosa de la región ha justificado la existencia de “*enérgicos antioqueños*” y ha creado la idea de habitar una geografía que protege contra las “*malas razas*”. De allí que el clérigo Antonio Manuel, autor de uno de los manuales para la enseñanza primaria, concluyera que los habitantes de Antioquia eran “*viejos cristianos libres de toda mala raza*” (Antonio Manuel, 1962: 100).

Ahora bien, los suelos de la región han sido considerados muy ricos en minerales, sin dejar por ello de constatar la gran variedad de plantas y animales. La narrativa de la historia regional ha estado atravesada por las anteriores apreciaciones. De ahí que las imágenes y los textos producidos en Antioquia (en adelante llamada simplemente la región) han descrito los cultivos pero también los cultivadores viviendo en medio de escenas bucólicas y heroicas; los ríos con sus longitudes y sus caídas de agua pero así mismo con el oro alucinante y en abundancia que ha permitido exaltar las virtudes de los mineros; las narraciones dieron cuenta igualmente de los caminos escarpados por donde transitaban las recuas de mulas y de bueyes acompañadas por arrieros “*titánicos*” que encontraban en aquellas selvas personajes “*reales*”,

entre los cuales los más conocidos fueron “*La Madremonte*”, “*La Patasola*” y “*El Hojarasquín del Monte*”.<sup>1</sup>

En 1809 el estudio de José Manuel Restrepo (1781-1863) sobre la geografía de Antioquia describió de tal manera la presencia del oro en la región que la imagen de una tierra dorada parecida al sueño de los conquistadores se hacía real:

*“Toda su extensión está llena de minas de oro corrido. La cordillera de Quindío, que forma la zona oriental, tiene muchos minerales. Las arenas del Porce, del Cauca y del Nechí, son verdaderamente de oro. Del Valle de Osos y de los montes, se extraen todos los años grandes sumas. En una palabra, apenas hay arroyo, quebrada o río donde no se encuentre el más precioso de los minerales”.* (Restrepo, 1985: 58).

Esa descripción jugaba también un papel político a comienzos del siglo XIX, pues presentó una geografía apta para hacer entrar la región, supuestamente aislada, en las corrientes del comercio internacional. El abogado e historiador José Manuel Restrepo fue uno de los más importantes *ilustrados* de la época y por lo tanto sus estudios no pretendían solamente el placer del conocimiento, también buscaban la forma de obtener resultados materiales en el nuevo contexto internacional que había debilitado la Corona española como consecuencia de las revoluciones europeas.

Por su parte, el ingeniero Tulio Ospina (1857-1921) fue mucho más lejos al plantear una serie de relaciones entre la geografía de Antioquia y la moral de sus habitantes durante los siglos coloniales. Sus comentarios defendieron el origen vasco de la población y le otorgaron una serie de atributos geniales que permitirían explicar “*el espíritu digno e independiente de los montañeses*”. La historia cultural de la región se explicaba en relación con una perspectiva

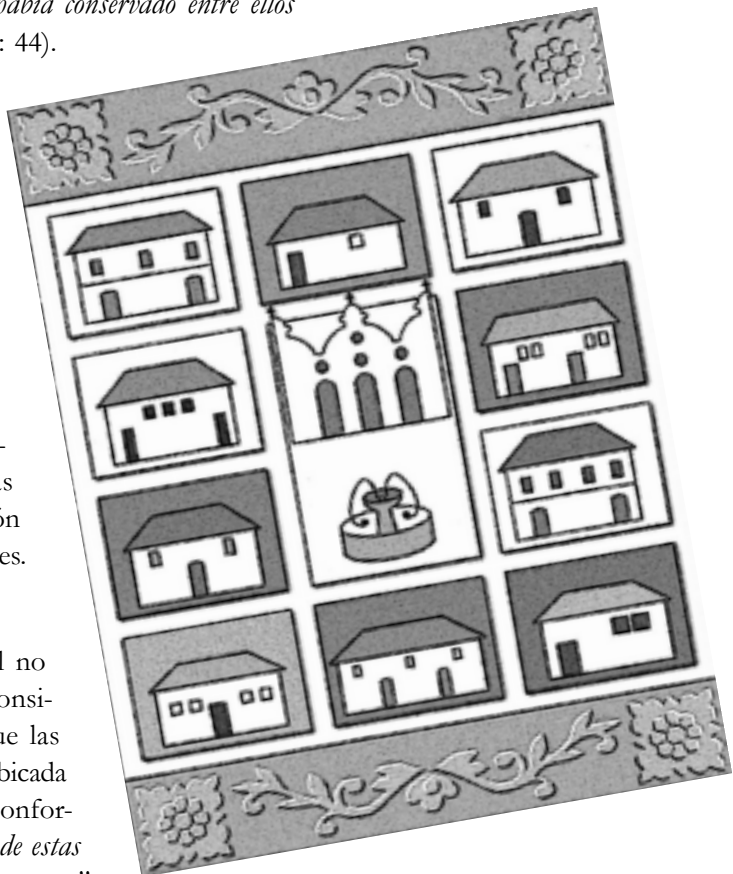
1 Según el “*Testamento del paisa*”, obra de Agustín Jaramillo Londoño, esas narraciones son “*mitos*”. En realidad son una serie de personajes imaginarios arraigados ante todo en las creencias campesinas. El autor presenta una corta definición de otros de ellos: El Bracamonte, El Patetarro, El Muán, Los Meneses, El Patas y otros más. *Testamento del Paisa* [Folklore de Antioquia la Grande] \* NelsonWeb España UE. <http://personals.ip.ictonline.es/%2bnelson/paisa4.htm>

geográfica determinista. En consecuencia, la imagen que construyeron las élites decimonónicas de sus antepasados y de sí mismas fue el resultado de un análisis moralizador de su territorio. Léanse las palabras de Tulio Ospina Vásquez:

*“En aquellos rústicos miserables, la mayor parte descendientes de campesinos vascongados y de las montañas de Burgos, se hallaban latentes la ambición y el genio comercial de los éuscaros; y el haber tenido que disputar con ímprobo trabajo a las selvas el terreno que habitaban y a los torrentes pedregosos y caudalosos ríos el oro que les procuraba el sustento, había fortalecido sus facultades morales robusteciendo a la vez su constitución física. La vida aislada y semibárbara que llevaban contribuyó a reforzar en ellos el espíritu digno e independiente que caracteriza a todos los montañeses, realzado por el cruzamiento con los aborígenes que pertenecían en todo o en parte, a la indomable raza caribe; mientras que su extrema pobreza les había impuesto hábitos de economía, de orden y frugalidad, elementos indispensables para el enriquecimiento de un pueblo y como suma de todas estas circunstancias felices, la familia, esa sancta sanctorum de la sociedad, se había conservado entre ellos sana, digna y respetada”.* (Ospina, 1972: 44).

Desde una visión diferente y contemporánea el actual geólogo Michel Hermelin se ha limitado a considerar, sin consecuencias identitarias, que la influencia del medio ambiente sobre la evolución social y económica de Antioquia determinó principalmente la presencia de recursos minerales como el oro, la escasez relativa de suelos aptos para actividades agropecuarias, la carencia casi total de vías fluviales internas navegables, la dificultad para construir vías terrestres de comunicación y la relativa limitación de sitios adecuados para establecer poblaciones. (Hermelin, 1991: 13).

Por su parte, el doctor Manuel Uribe Ángel no estuvo muy lejos de presentar las mismas consideraciones generales. No obstante, creyó que las precarias condiciones geológicas de la región, ubicada en el trópico, no eran un obstáculo para la conformación de lo que él llamó *“la raza pobladora de estas comarcas”*. Por eso afirmó que *“la refusión de razas”* en Antioquia *“será representada no muy tarde por una población morena, esbelta, de ojos negros, de mirada ardiente, de movimientos ágiles, de notable belleza plástica, de despejada inteligencia, valerosa y propia para soportar el influjo de los elementos peculiares de la Zona Tórrida”*.



Afirmación que tampoco le impidió sostener que la región ha sido poco fértil, “*por ser esencialmente montañosa y eminentemente mineral, y, más que todo, porque su composición geológica así lo dispone*”, ni constatar además que “*el hacha del montañés ha caído sin piedad sobre bosques llenos de tesoros naturales acumulados por siglos*” (Uribe Ángel, 1885: 55-58 y 467).

En suma, la geografía de Uribe Ángel era al mismo tiempo una descripción física del territorio y sus elementos, y en ese sentido expresaba una geografía moderna, como también era una reflexión sobre lo que se conoció después bajo el nombre de *antropogeografía*,<sup>2</sup> que en los propósitos del médico y erudito de Envigado se denominó *geografía política*, incluyendo en ella la descripción de los departamentos y sus distritos como “*lo referente a organización social y gubernativa, y lo conexionado con las razas, industria, carácter del pueblo, etc.*” (Uribe Ángel, 1885: XIII).

En realidad, el autor estaba ya enterado de las nuevas teorías antropológicas y geográficas que se exponían en Europa por intermedio de las sociedades científicas y las obras de los geógrafos alemanes. Se había acercado a ellas en el contexto intelectual del Medellín decimonónico, en el intercambio de experiencias durante sus viajes y en especial gracias a su amistad con el médico Andrés Posada Arango (1839-1923), quien para la época era miembro de la Sociedad de Antropología de París y de la Sociedad Medical Alemana de la misma ciudad. Es más, el libro de Uribe Ángel, editado en la capital francesa, incluyó en la bibliografía las obras del Barón de Humboldt, de Corneille de Paw [sic] (éste último

había proclamado la “*inferioridad de los americanos*” desde 1768) (De Pauw, 1768) y la geografía de Agustín Codazzi (1793-1859), el militar italiano siempre presente en las obras de los autores colombianos de la segunda mitad del siglo XIX interesados en esta materia.<sup>3</sup>

No se logra conocer la totalidad de las fuentes bibliográficas del médico e historiador Uribe Ángel debido a su estilo narrativo, en el cual nunca introdujo citas entre comillas ni notas al pie de página. Método de escritura defendido por él en su introducción de la siguiente manera:

*“He procurado ser sumamente económico en la citación de autores y fechas, atento a facilitar el manejo del libro, siempre embarazoso cuando está colmado de referencias; y para corregir esto acompaño la lista de autores consultados, en que el lector podrá hallar la verificación de mis aseveraciones”* (Uribe Ángel, 1885: XIV).

Pero continúense presentando las condiciones geográficas de la región de Antioquia. En cuanto a la lluvia, se puede decir que cae con relativa abundancia sobre las zonas más pobladas, en Medellín “la precipitación media anual es de 1.500 mm” (Hermelin, 1996: 9), pero en poblados como Mutatá, lindando con la región del Chocó, las lluvias anuales alcanzan los 4.500 mm. (*Atlas*, 1982: 86). Por ello, el grado de humedad, la luminosidad y la variedad de temperaturas fueron temas tratados en los textos de geografía desde el siglo XIX. Uribe Ángel escribió

2 En Medellín fue publicado un libro titulado *Geografía humana (Antropogeografía)*, Ediciones de la Revista Universidad Católica Bolivariana, 1941. Su autor, Juan de la Cruz Posada (1869-1961) vivió casi un siglo y describió en sus estudios de *antropogeografía* las particularidades físicas de la geografía del planeta y “las características espirituales y materiales” de la especie humana. En su apartado sobre la población de América aseguró lo siguiente refiriéndose a “la civilización iberoamericana”: “el espíritu latino [hispano], inteligente, franco, alegre, inconstante, soñador, generoso, sufrido y valiente, se difundió en la sangre del indio, indolente, reservado, malicioso y vengativo, y en la del negro importado de África, bullicioso y pasional” (p. 319).

3 “Codazzi fue soldado de Napoleón, mercader por el Mediterráneo, aventurero en la Europa central, pirata en el Caribe, mercenario de la Nueva Granada, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Venezuela y mano derecha de Páez, científico de las academias de ciencias de Europa respetado por Humboldt, y todo eso antes de organizar y dirigir la Comisión Corográfica. (...) Juan Bautista Agustín Codazzi Bertoloti nació el 12 de julio de 1793 en Lugo, en la Romaña, Italia. (...) A los doce ya estaba en la escuela de Ingeniería y Artillería de Módena, a los catorce en la Academia de Guerra de Pavía y a los dieciséis se presentó de voluntario al ejército. (...) A Codazzi lo volvió geógrafo la vida militar...”. Beatriz Caballero. “Agustín Codazzi, militar y aventurero”, en: *Revista Credencial Historia*, Bogotá, febrero - agosto, 1993. Nos. 38-44, Tomado del sitio Web: Biblioteca virtual del Banco de la República, Colombia, 2003, <http://www.lablaa.org/blaaavirtual/credencial/hac.htm>.

un largo capítulo sobre la hidrografía de Antioquia en el cual detalló minuciosamente 29 ríos y concluyó que su semejanza con torrentes de agua les permite formar así un sistema único y particular.

**Figura 1.** Retrato de Manuel Uribe Ángel. En: *Lectura y Arte*, Medellín, 1904, Nos. 7 y 8, p. 121.



El libro del médico y humanista no dejó de lado ningún detalle de geografía física y uno de sus capítulos estudió la meteorología y su relación con la higiene, considerando las variaciones climáticas, las exhalaciones de vapor, la humedad del aire, el arco iris y la distribución de las localidades como factores determinantes para obtener una buena salubridad. Lo que lo condujo a concluir que *“la gran complicación de hechura física que se nota en el Estado, la infinita variedad de sus partes componentes, las imprescindibles modificaciones que todos los cuerpos deben experimentar en este país, en virtud de su situación propia o relativa, han de producir y producen en efecto el notable fenómeno de que cada localidad tenga influencias higiénicas diversas sobre el hombre que la habita”* (Uribe Ángel, 1885: 46). Así, la idea de vivir en una región maravillosamente surcada por la naturaleza fue bastante normal en la gran mayoría de las creaciones intelectuales y artísticas de la región. Los principales autores estudiados nos han dejado con frecuencia imágenes bucólicas de esta geografía de montañas.

A propósito, el escritor y ensayista Antonio José Restrepo (1855-1933) recogió y aprobó la descripción del territorio de Antioquia que su amigo y escritor payanés Manuel Pombo (1827-1898) había hecho en 1851. En efecto, éste último, comerciante y hombre de letras, compuso un relato de viaje titulado *De Medellín a Bogotá* en el cual describió el valle de la capital de Antioquia *“verde y risueño, labrado y dividido como un tablero de damas, salpicado de bosquesillos, caprichosamente recorrido por los sesgos amarillos de sus caminos y los hilos argentados de sus aguas, y sobre cuya alfombra de césped y entre las brisas perfumadas de su dulce clima, se*

*levantan, en diferentes direcciones y distancias, los blancos campanarios de Aná, Belén, Envigado, Itagüí, La Estrella y San Blas*” (Restrepo, 1975: 56-57). De la misma manera, el poeta y también abogado Gregorio Gutiérrez González (1826-1872), amigo muy cercano de Manuel Pombo, consagró en 1850 un poema a la ciudad de Medellín en el cual la comparó con una maestra, tímida y llena de belleza, donde un sol ardiente la transforma en una elegante señorita desbordante de encanto, de colores, tal un espléndido Edén de cielo azul y paisaje mágico (Gutiérrez González, 1958: 312).

Por su parte, el doctor Andrés Posada Arango (1839-1923), quien como científico e historiador intentó mantenerse prudente y veraz en sus afirmaciones, aseguró que las distintas presiones atmosféricas que varían en función de la altitud *“deben causar en el organismo modificaciones profundas, grandes variaciones en el modo de ser”*, aunque sea un tema que todavía se encuentra mal estudiado. En la misma dirección, Posada Arango afirmó que, dado el clima constante de Medellín, *“tal vez lo que más influya sobre el hombre, y por consiguiente sobre las enfermedades que lo afecten, sea el estado eléctrico de la atmósfera, las variaciones en su potencial, más bien que los cambios en su temperatura, y sobre todo, bastante más que las fluctuaciones de presión”*. Punto seguido, el doctor Posada aunque no estableció una conclusión de tipo psicológico cuando comparó los dos mundos más importantes en su horizonte intelectual –París y Medellín–, sí constató que *“la electricidad atmosférica decrece del ecuador hacia los polos, de modo que es mayor en nuestros climas que en Europa”* (Posada Arango, 1909: 176-177).

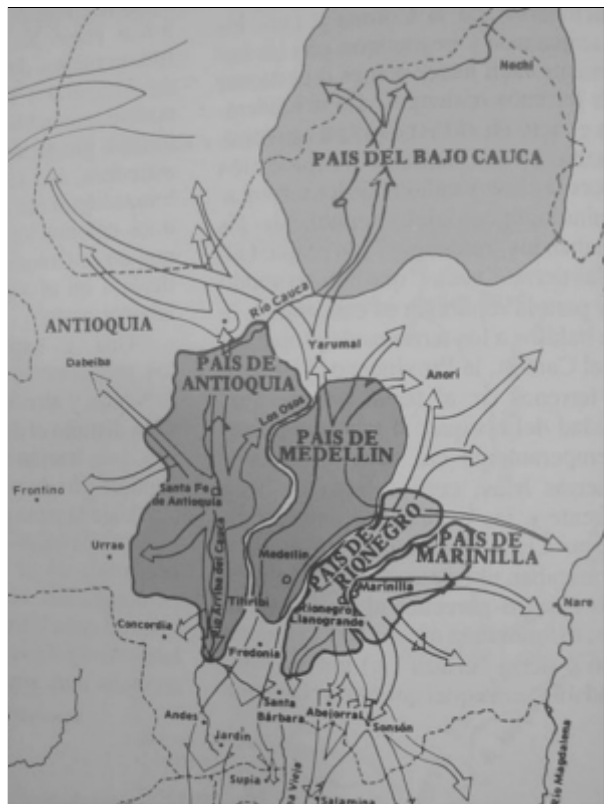
Lo anterior nos introduce un poco más en los marcos mentales de los hombres del siglo XIX. En ellos se observa un reiterativo esfuerzo para concluir sobre la existencia de caracteres psicológicos de los pueblos a partir de sus condiciones geográficas; es decir, un gran esmero por definir una clasificación de las sociedades y su posibilidad de ascender en los escalafones de “la civilización y el progreso” según habiten en los trópicos o en las zonas septentrionales. Esfuerzo y esmero intelectual presente al menos en el trabajo que realizaron los hombres de letras que publicaron textos de historia y geografía en Antioquia entre 1850 y 1920.

No obstante, los geógrafos europeos que estuvieron en Colombia y escribieron luego sobre las condiciones materiales no se situaron tampoco muy lejos de las consideraciones anteriores. El francés Jean-Jacques Élisée Reclus (1830-1905), en su *Geografía Universal* publicada en 1893, dedicó una parte a Colombia y dentro de ella algunas páginas a la ciudad de Medellín. En estas aseguró que aquel “gracioso valle de Aborra (sic) (...) goza de un clima que conserva la energía del carácter emprendedor de los antioqueños [y] (...) presenta un aspecto que recuerda el de las campiñas europeas en torno a las grandes ciudades”. Su traductor, el geógrafo colombiano Francisco Javier Vergara y Velasco (1860-1914) anotó en pie de página que *“la vista del valle desde cualquiera de las cumbres de su marco es uno de los más bellos paisajes que soñarse puede, aumentada su hermosura con lo intenso y variado de los cultivos y con la extraordinaria división de la propiedad”* (Reclus, 1893: 310).

Era claro también que los geógrafos del siglo XIX exaltaban el progreso de los habitantes de una región, en tanto aquellos tuviesen la habilidad de arrebatarle a las tierras y selvas vírgenes la mayor cantidad de terreno para dedicarlo enseguida a la agricultura. Por ello, la exaltación del proceso social conocido como *la colonización antioqueña* ha sido tan persistente. Colonización que ha desempeñado a la vez un papel emblemático con el que se ha forjado la historia del “titán laborador”: un hombre nacido en Antioquia, capaz de domeñar todas las selvas por agrestes que sean con el fin de dar paso al “progreso y la civilización”.<sup>4</sup> El geógrafo Francisco Javier Vergara y Velasco se lamentó terminando el siglo XIX al declarar: “por desgracia este laborioso Departamento aún está rodeado casi íntegramente por una gran faja de tierra virgen” (Vergara y Velasco, 1901: 948).

4 El conocido novelista y poeta romántico colombiano Jorge Isaacs (1837-1895) fue quien acuñó esta expresión en su extenso poema *La Tierra de Córdoba*, Medellín, Imprenta De El Espectador, 1893: “¿De qué raza descendes, pueblo altivo, // titán laborador, // rey de las selvas vírgenes y de los montes níveos // que tornas en vergeles imperios del cóndor?”.

**Figura 2.** La colonización antioqueña en el siglo XVIII. Principales centros de expansión: Santa Fe de Antioquia, Medellín, Rionegro y Marinilla. Imagen tomada de Roberto Luis Jaramillo, “La colonización antioqueña”, en: J.O. Melo, *Historia de Antioquia*, Bogotá: Suramericana, 1988, p.184



## 2. La conquista de los hombres

La llegada de los conquistadores europeos a la actual región de Antioquia tuvo lugar a principios del siglo XVI. Las expediciones se realizaron muy pronto en el período de las conquistas y los antiguos pueblos indígenas de esta región, distinguidos esquemáticamente desde el siglo XIX por los historiadores, como los Nutabes, los Tahamíes y los Catíos,<sup>5</sup> fueron vencidos rápidamente y sometidos luego a los

5 Según el doctor Andrés Posada Arango en su *Ensayo etnográfico sobre los aborígenes de Estado de Antioquia en Colombia*, (presentado a la sociedad de antropología de París, París: Imprinta De Rouge Hermanos, 1871, 32 p.) “los indígenas del Estado de Antioquia comprendían tres naciones principales: los Catíos, los Nutabes y los Tahamíes. Los primeros habitaban al occidente

tratamientos que la Corona española impuso a los indios en América: trabajos forzados, esclavitud, encierro en los resguardos, tributos obligatorios y mestizajes biológicos y culturales. La invasión de las tierras de los indios causó una notable disminución de la población en las sociedades aborígenes. Los escritos de los historiadores de la región han reseñado y valorado este hecho desde el siglo XIX. En efecto, la abrupta caída demográfica de los nativos no significó en la pluma del doctor Manuel Uribe Ángel la catástrofe genocida que otros autores del siglo XX han considerado, más bien representó un “inmenso movimiento de regeneración social”.<sup>6</sup>

del río Cauca; los segundos ocupaban la parte central del Estado, sobre la rivera derecha de este río, y los últimos se extendían hacia el este y el sur”. En francés: “*Essai ethnographique sur les aborígènes de l’Etat d’Antioquia, en Colombie*”. Présenté à la Société d’Anthropologie dans sa séance du 3 août 1871. *Mémoires de la Société d’Anthropologie de Paris*, 2e série, tome premier, deuxième fascicule, G. Masson, Paris, 1875, pp. 201-231. Con esta división estuvieron de acuerdo los trabajos de Manuel Uribe Ángel en 1886, los de Tulio Ospina en 1887 y, en particular, la historia de Antioquia de Álvaro Restrepo Eusse en 1903. Obras que han influido notablemente sobre los manuales escolares y sobre muchas generaciones interesadas luego en la historia de la región. No es mucho lo que se avanzó en estas clasificaciones si se siguen las conclusiones de Jorge Orlando Melo en 1978: “La mayoría de los autores –basados particularmente en el canibalismo tan generalizado, y en menor medida en algunas evidencias lingüísticas y culturales- clasifican a los habitantes de la zona como caribes, y algunos mantienen aún la arbitraria subdivisión de los de la región antioqueña en tres grupos (catíos, tahamíes y nutabes), que carece por completo de bases. Otros, en especial Trimbora, han insistido en que se trata fundamentalmente de una población de origen chibcha, que asimiló grupos de otras proveniencias. Estas afirmaciones, sin embargo, no son concluyentes”, (*Historia de Colombia*, Bogotá: La Carreta, 1978, p.51). Melo reconoce en pie de página que la división de los tres subgrupos se debió en gran parte a Manuel Uribe Ángel.

6 “La población indígena que ocupó este territorio fue víctima de uno de los más violentos procesos etnocidas y genocidas, producto de la colonización española que llevó prácticamente no sólo a su extinción física sino hasta de la memoria de la historia misma”. Neila Castillo Espitia. “Las sociedades indígenas prehispánicas”, en: *Historia de Antioquia*, J. O. Melo (director), Medellín, Suramericana, 1988, p. 40. El libro de Tzvetan Todorov, *La conquista de América* (1ª edición en francés 1982), se encuentra también en la misma perspectiva. Las palabras de Uribe Ángel. (1885:519).



**Figura 3.** Andrés Posada Arango, dibujo de F. A. Cano [1885], Tomado de A. Posada Arango, Estudios científicos, Medellín: Imprenta Oficial, 1909. Biblioteca del autor.



De acuerdo con Andrés Posada Arango, los indios, portadores de una civilización, prácticamente desaparecieron bajo la acción de los conquistadores: *“Los naturales, vencidos por la superioridad de las armas, buscaron refugio en las selvas al ver que, derrotados en mil combates, sus viviendas eran asaltadas y su libertad corría peligro. Algunos retrocedieron de la barbarie en la que se encontraban a un estado verdaderamente salvaje; los otros fueron exterminados o absorbidos por las razas europea y africana que llegaron a ocupar el país; de modo que la civilización indígena desapareció pronto, dejando apenas algunos rastros”*. Con todo, el contacto de aquellos dos mundos se realizó de múltiples formas puesto que en medio de la guerra también se efectuaron matrimonios como el del Capitán español Julián Gutiérrez con la india Isabel del Corral en 1532, que, por otra parte, abrió la vía legal al temprano mestizaje americano.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> “Julián Gutiérrez, hacia 1520 era criado de Diego del Corral, un bachiller español amancebado con una noble indígena. Ido a España, del Corral “encomendó a su criado... la hacienda y casa y manceba”; el criado, que según todos los indicios era

Ahora bien, el paso de los conquistadores no se detuvo en las márgenes de los océanos Atlántico y Pacífico. Penetrando más en las tierras continentales, gracias a la utilización que hicieron de los ríos, los europeos fundaron poblados e iniciaron como vencedores, imponiendo las instituciones ya muy conocidas por la historiografía contemporánea – encomienda, tributo, mita y obrajes, resguardos, esclavitud y todo el andamiaje jurídico-religioso de la Corona española y la Iglesia católica – la construcción de una nueva sociedad en la que el mestizaje y la lucha de identidades se constituyeron en sus rasgos más distintivos.

Los datos demográficos sobre las poblaciones aborígenes en Antioquia no son muy precisos, como tampoco lo han sido para los demás territorios de conquista en el antiguo espacio del Nuevo Reino de Granada. No obstante, algunos historiadores han deducido a partir de las crónicas de la época cifras muy flexibles: entre 500.000 y 1.000.000 de indios presentes en Antioquia en 1500. Los datos provenientes de fuentes históricas posteriores parecen ser más confiables. Registraron para 1600, cien años después, 25.000 ó 30.000 personas en la provincia de Antioquia, entre las cuales figuran indios, negros, españoles y mestizos (Melo, 1988: 42).

Los dos primeros poblados fundados en la región en 1510 cerca del litoral Atlántico, San Sebastián de Urabá y Santa María La Antigua del Darién, fueron destruidos por los indios. Años después el conquis-

Gutiérrez, se residió en Acla, donde figura en 1532. En este año una de las expediciones de esclavización trajo una india de un pueblo del Darién que había sido encomendado a del Corral. Gutiérrez hizo entonces varias visitas pacíficas a la región, acompañado por una india “naboría” cuya llamada Isabel Corral, que se había criado en casa de don Diego (si no era, como es posible, su hija). A fines del 32 Gutiérrez negoció con varios caciques de las bocas del Atrato, los invitó a Acla y se esforzó por entrar en contacto con los caciques de Dabeiba. Por el oriente del golfo intercambió hachas, herramientas de roza y otros productos por oro y retornó a Acla. Hizo luego un segundo viaje y parece haber dejado muy buenas relaciones con los caciques locales. Para entonces declara haberse casado con su naboría Isabel del Corral, familiar de los caciques de Urabá”. Jorge Orlando Melo, Historia de Colombia, Tomo I, La dominación española, Bogotá, Editorial La Carreta, 1978, p.85.

tador Jorge Robledo cruzó los bosques del norte de la región fundando a su vez varias localidades, entre ellas las más importantes fueron: Antioquia en 1541 y Santa Fe en 1546. Por estos hechos fundadores, Robledo se ha considerado un héroe en la historia regional. Varios historiadores han escrito su biografía y existen bustos y esculturas de su imagen en las ciudades de la región.<sup>8</sup> Los manuales escolares le han dado por su parte una distinción considerable. En efecto, la *Historia y geografía elementales del Departamento de Antioquia*, escrita a mediados del siglo XX por el religioso Antonio Manuel, estableció una descripción del conquistador Jorge Robledo; la cual era, a su vez, una copia de la que había hecho Manuel Uribe Ángel en 1885. Su caracterización psicológica y moral relató una historia extraordinaria, exaltada y dramática. De esa forma promocionaba los rasgos morales y psicológicos de “las razas”, temática que fue tan común a los historiadores del siglo XIX, cuando escribió que “Robledo es un personaje cuyo estudio no carece de importancia: era sano de cuerpo, brioso, perseverante, arrojado en la ocasión, temerario, prudente a veces, más humano que el común de los aventureros sus coetáneos, buen creyente, noble de estirpe, lleno de dignidad en su persona, desprendido y puro en el manejo de intereses; pero al mismo tiempo carecía del fuego sagrado que ilumina y calienta el genio; era veleidoso en sus intentos, vacilante en el giro de sus empresas, de una ambición desenfrenada y de poca fijeza en las ideas” (Antonio Manuel, 1962: 73).

Ahora bien, durante el período de la Conquista (1501-1600), es decir, desde la primera expedición de Rodrigo de Bastidas por el Golfo de Urabá al Norte de la actual Antioquia hasta el final del siglo XVI, se fundaron once poblaciones. De ellas, solamente cinco continuaban existiendo en 1600: Antioquia, Caramanta, Cáceres, Remedios y Zaragoza. Durante los siguientes siglos coloniales fueron importantes centros mineros, administrativos y comerciales, pero hoy, 400 años después, conservan sólo su carácter de aldea.

8 Hoy se conserva en la Avenida la Playa, una de las principales vías del centro de Medellín, un busto del Mariscal Jorge Robledo al lado de otros reconocidos personajes de las élites de la región.

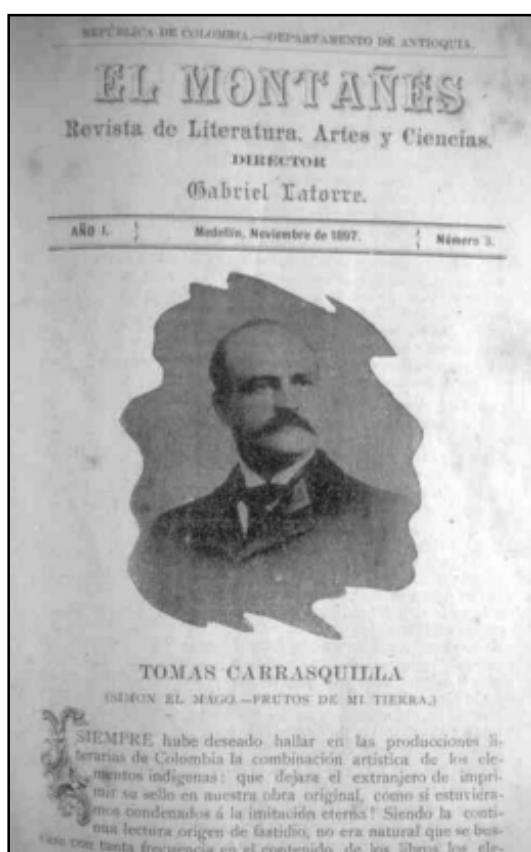
Por su parte, Medellín fue producto del siglo XVII. El Valle de Aburrá (según los indios nativos) o de San Bartolomé (según los españoles), donde quedó localizada la villa de Medellín a partir de 1675, fue poblado en un principio por los pocos indígenas que resultaron de las decisiones del primer visitador y oidor oficial de la Corona Francisco de Herrera y Campuzano. Este funcionario, haciendo eco de las primeras leyes de indias que intentaron proteger a la población aborigen, condenó algunos de los encomenderos de la zona acusándolos “de cargar a los naturales para llevar bastimento a las minas y por ‘dar malos tratos, azotes y otros agravios’ a los indios de sus encomiendas” (Jaramillo, 1996: 110). Herrera y Campuzano ubicó entonces, desde 1615 en el Poblado de San Lorenzo, indios procedentes de diferentes tribus (aburraes, yamesíes, péques, béjicos, noriscos, maníes). Estos terminaron con el paso de los años por mezclarse con una población mestiza que circulaba libremente por los territorios del Valle, buscando fortuna en medio de las tierras que desde muy temprano, en 1574, la Corona había empezado a adjudicar a los conquistadores, como Gaspar de Rodas y su hijo Alonso de Rodas Carvajal, Antonio Machado, Pedro de Aldana y Juan Rodríguez, quienes a su turno las convirtieron en haciendas de ganado y caña utilizando el trabajo de los esclavos de origen africano (Álvarez, 1996: 58 y 59).

Todos estos habitantes fueron registrándose poco a poco en los documentos de la época, -censos, actos parroquiales, concesiones de tierras, pleitos, matrimonios, etc., - constituyendo en términos generales una población mayoritariamente mestiza.<sup>9</sup> Empero, para los ojos de algunos de los intelectuales de finales del siglo XIX y principios del XX las cosas sucedieron de otra forma. A las tierras de la región arribaron pobladores llenos de virtudes cristianas y libres de

9 El padre Javier Piedrahita Echeverri en su obra *Documentos y estudios para la historia de Medellín* (1984) presenta el primer censo de 1675, levantado para la fundación de la villa y ordenado en cabezas de familia clasificadas por su origen racial. El resultado muestra que de las 85 familias que habitaban el sitio de Aná, poblado que se convirtió en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, 19 eran familias de blancos, 61 de libres, mestizos y mulatos, y 5 de indios. *Documentos...*, Medellín, Colina, 1984, p.244 y ss.

toda “mala sangre”, morisca o judaica, enemiga de “la civilización”. El novelista Tomás Carrasquilla (1858-1940) escribió que al valle paradisíaco de Medellín vinieron “*colonos sencillotes, pacíficos y labradores (...) campesinos [que] no venían con la espada destructora, ni con la cruz salvadora, ni en busca de Potosés y Pactolos: venían con su azadón y su arado, a ganarse la comida con el sudor de su frente como Dios manda. (...) Eran casi todos, de ese norte de España, en donde predicó el apóstol Santiago, adonde no llegaron los moros beréberes, con su profeta, sus molicies y sus amores, ni los judíos con sus usuras y sinagogas. En aquellas comarcas existían, y existen aún, concentración de catolicismo y monarquía y la pura cepa y la sustancia de la raza goda. Son nuestros antepasados. Aquí fundaron sus labranzas y cortijos, bajo el mando del Gobernador de la Provincia, cuya cabeza era Santa Fe de Antioquia; aquí vivieron en el santo amor y temor de Dios y de su Majestad el Rey Nuestro señor*” (Carrasquilla, 1958: 802).

**Figura 4.** Tomás Carrasquilla. En: El Montañés, revista de literatura, artes y ciencias, Medellín. N. 3. Noviembre de 1897



En esa concepción del pasado de la región se vislumbran varios conceptos que han sido discutidos por la historiografía local con mucho ahínco. Por ejemplo, la referencia a los orígenes de la población de Medellín en el “norte de España”, es decir, en la región del País Vasco, se debatió por un buen tiempo entre los intelectuales al final del siglo XIX y principios del XX. Debate sobre el origen que intentaba a su vez explicar la historia de “los antioqueños” por el hecho de pertenecer a una “raza”, a un grupo étnico capaz de transmitir características físicas y psicológicas, rasgos fisiológicos y costumbres morales, apoyado generalmente en estudios provenientes de la antropología física del siglo XIX. A lo anterior, se añadió la idea según la cual en la región existía una sociedad de vida apacible y sin sobresaltos, obediente a sus autoridades religiosas y civiles por medio del cultivo del “santo amor y temor de Dios y de su Majestad el Rey Nuestro señor”.

Así se inventaba un pasado y se creaba un imaginario de identidad. Para ello se recurría con frecuencia al siguiente complejo mecanismo cultural: un personaje respetado y conocido por su producción intelectual lanzaba al mundo editorial una versión de la historia que poco a poco se leía y se repetía por parte de sus más cercanos lectores, se difundía luego entre otros autores y estos se apoyaban sucesivamente los unos en los otros, pasaba en ocasiones a los manuales escolares y de allí al pensamiento de quienes asistían a las aulas, obviamente retocado por los procesos de enseñanza y aprendizaje, se discutía también en reuniones, tertulias, sociedades de letrados, se oficializaba a veces con el sello de las autoridades políticas, se introducía aquella versión en un poema o en una novela, se presentaba ante sociedades científicas bajo “el rigor” de la ciencia, se pronunciaba en discursos públicos, homenajes y celebraciones eruditas gracias a las palabras de importantes oradores, se consagraba en ciertas circunstancias desde los púlpitos o con la voz del clero, y finalmente, se pintaba en el lienzo o se esculpía en la piedra como señal de una verdad permanente e incuestionable.

De allí que la idea de una población determinada por sus orígenes raciales fuese tan persistente en las producciones intelectuales hasta muy avanzado el

siglo XX. En efecto, la obra del ensayista Luis López de Mesa (1884-1967), quien participó en los debates sobre la “degeneración colectiva de la raza en Colombia” durante los años de 1920, recogió mucha parte de esa concepción y la transmitió a los manuales escolares. En el año de 1964 se reimprimía la 12ª edición de la *Geografía Superior de Colombia*, del Hermano Cristiano Justo Ramón (1893-1980), en ella se siguió “la tesis, calcada o inspirada primordialmente en los asertos del profesor López de Mesa”, con el fin de analizar “los aportes de las razas originales o de sus mestizos a la formación del pueblo colombiano”. Tales aportes fueron definidos por el clérigo, responsable de enseñar a los niños colombianos la historia de su país, respaldándose en el hombre de letras de la siguiente manera:

*“APORTE INDIO. Fue variado, en razón de las muchas parcialidades de la raza americana en el país, pues diferían notablemente en el carácter el habitante de las mesetas y el de los grandes valles y llanuras litorales. Nos legaron unos su espíritu pacífico; otros, su altivez y ánimo guerrero.*

*APORTE EUROPEO. La sangre europea trajo a Colombia, como a toda la América, las normas de su cultura y temperamento: El sentido métrico. La parquedad en el juicio y la emoción. La altivez del ánimo. Un gran acervo de conocimientos.*

*APORTE AFRICANO. La sangre africana es generosa y festiva, pero llegó a América bajo el peso de la dolorosa esclavitud. Ella nos trajo: la resistencia física en los climas más fuertes del país, donde ejerce el predominio de densidad; la indolencia, originada en su atraso material y en la facilidad con que el suelo nativo le brindaba la subsistencia” (Justo Ramón, 1964: 104-105).*

Los autores que se refirieron a este tema de los “orígenes raciales” estuvieron de acuerdo con la idea según la cual “se ha llevado a cabo en el país un extenso mestizaje”. Pero no todos convinieron en cuanto al grado de mestizaje. Si para el literato Tomás Carrasquilla en Medellín vivió durante los siglos de la Colonia “la pura cepa y la sustancia de la raza goda”, adornada y sustentada con virtudes castellanas, gracias a los cuatro pilares: “trabajo, hidalguía, devoción y amor al rey”; para el hermano cristiano

Justo Ramón y para el jesuita Uldarico Urrutia, citado en el manual de geografía como autor de una de las lecturas instructivas denominada “*el pueblo colombiano*”, la mezcla y el mestizaje fueron mucho más complejos y diversificados, mostrando unas características generales en todo el territorio nacional y otras particulares en las regiones:

*“Predomina, pues, en nuestra raza como nacional una mezcla atemperada de las cualidades de la raza española y de las de la raza indígena. Entre las diversas variedades que dentro de esta unidad vemos, descuella entre todas, por la hermosura de sus formas, por su vigor y energía para el trabajo y por su buen sentido práctico, la raza antioqueña, que no tiene nada que envidiar a las mejores razas de Europa” (Justo Ramón, 1964: 107).*

La idea de “raza antioqueña” para definir la población de Antioquia se construyó durante la segunda mitad del siglo XIX y durante las dos primeras décadas del siglo XX. Produjo obras muy importantes que intentaban conseguirle pruebas teóricas e históricas con el fin de demostrar su existencia y sus orígenes. Dos de ellas fueron *La raza antioqueña* (1910), del abogado Libardo López (1870-1959) y las *Genealogías de Antioquia y Caldas* (1911), del historiador Gabriel Arango Mejía (1872-1958). El primero escribió su texto aprobando los principios distintivos de “las razas” y discutiendo ciertas conclusiones del psicólogo francés Gustave Le Bon, quien había publicado desde 1894 su obra *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, en la que reiteró su opinión sobre la decadencia de la “raza latina”. López buscó en Antioquia los testimonios de una “raza superior” que, según el escritor francés, se definiría gracias al “carácter y energía moral, en virtud de la cual el pueblo forma un bloque refractario a toda asimilación” (López, 1910: 7). El doctor López, abogado de la Universidad de Antioquia, terminó asegurando la existencia de “la raza antioqueña” porque ella tiene como distintivos morales y psicológicos dos pilares fundamentales de los pueblos civilizados: “la religión y la familia”. Agregó que si el pueblo antioqueño ha sido movido de su estabilidad por las guerras civiles es porque ha ido “a defender su religión y su hogar”, muestra clara de su derecho a ser llamado y adornado con el concepto de “raza”.

**Figura 5.** Luis López de Mesa (1884-1967): dos momentos de su vida. Izquierda: fotografía de Melitón Rodríguez, 1908, Archivo Fotográfico, Biblioteca Pública Piloto, Medellín; derecha: Óleo de Jorge Ruiz Linares, 1960, Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá.



Por su parte el genealogista Gabriel Arango Mejía, nacido en Abejorral, al sureste de Medellín, aseguró haber escrito su libro *“para honra y gloria de mi pueblo y de mi raza, (...) también para probar a muchos que sí es la raza antioqueña de casta limpia española [resaltado en el original] y que los primeros pobladores de nuestras montañas fueron españoles de nacimiento, cristianos viejos, hijosdalgos notorios, y no judíos traídos por Robledo, ni galeotes y presidiarios escapados de España”* (Arango Mejía, 1942: s. p.). La segunda edición de 1942 posee un prefacio de Emilio Robledo (1875-1961), también médico e historiador de la región, donde se reafirmaron las palabras anteriores de Arango Mejía al decir que *“no hay en los solares de los habitantes primitivos de Antioquia sombras de morismas y juderías sino de muy clara cepa vascongada y castellana”* (Robledo, 1942: XV). Décadas después, al médico Robledo le publicó una prestigiosa universidad católica de Medellín, demostrando la persistencia de esta idea de “raza” entre las élites de la ciudad, un pequeño tratado sobre el mismo tema (Robledo, 1963).

Ahora bien, ¿Y el siglo XVIII? Este fue un siglo relativamente olvidado por la primera historiografía académica, es decir, aquella proveniente de la Academia Antioqueña de Historia. La obra de

Manuel Uribe Ángel, quien hizo parte de la fundación de dicha institución en 1903, está circunscrita al siglo XVI. Según sus palabras, hubiera también querido ocuparse de una historia compendiada de la época colonial, siglos XVII y XVIII, y de algo más relativo a la emancipación de España, pero el célebre médico reputó “tal intento como superior a sus fuerzas” (Uribe Ángel, 1885: XIV).

En realidad, el siglo XVIII aparecía desprovisto, a los ojos de estos primeros historiadores de la región, de personajes ilustres y de acontecimientos gloriosos. Lo más importante del esfuerzo intelectual de los académicos, fuera de algunas listas de gobernantes y fechas de fundación de iglesias e instituciones, estuvo dedicado en algo a la rebelión de los comuneros y mucho a la visita del oidor Juan Antonio Mon y Velarde (1747-?) en la década de 1780, a quien Tulio Ospina, primer presidente de la Academia de Historia, llamó “El Regenerador de Antioquia”, por haber impulsado una serie de obras que beneficiaron la agricultura, las vías de comunicación, la salud y el comercio. Es factible que esta antipatía por la historia de la región durante el siglo XVIII proviniese de las declaraciones de algunos funcionarios españoles de

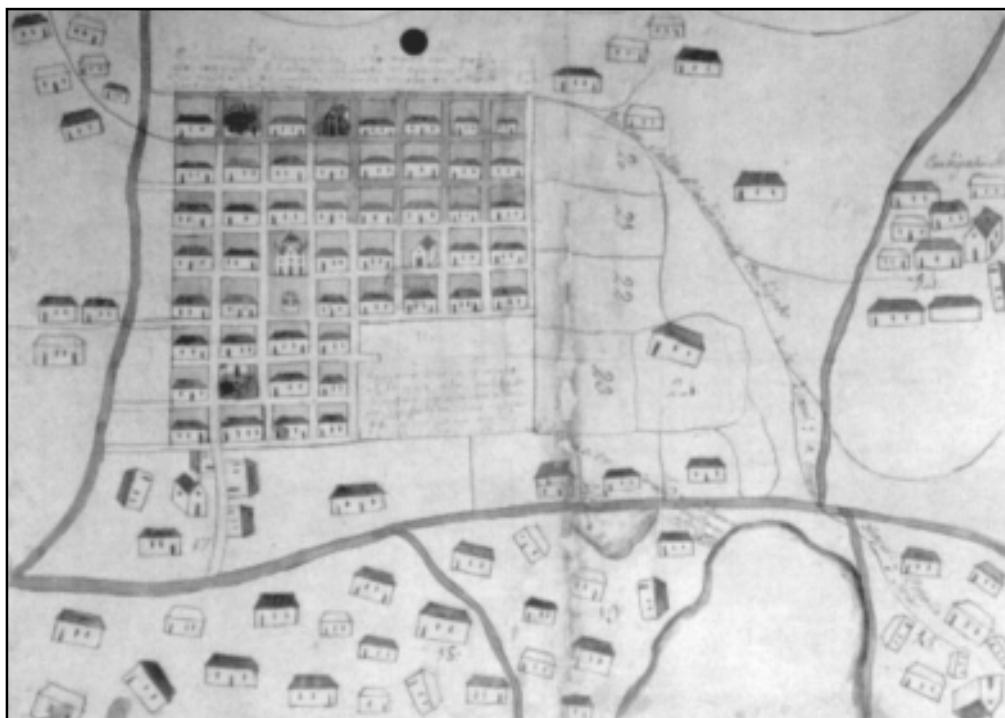
la época, en particular de Mon y Velarde, quien aseguraba conocer “la índole de estos habitantes y el idiotismo y preocupaciones de que se hallan todos poseídos” (Ospina 1972: s. p.).

La historiografía posterior, aquella que ha sido conocida como “la nueva historia” o la historia escrita por historiadores profesionales, también tuvo dificultades para introducirse en el conocimiento del siglo XVIII. Las historias de Colombia que emprendieron dos de los primeros historiadores universitarios en el país, Germán Colmenares y Jorge Orlando Melo, avanzaron sólo hasta los siglos XVI y XVII (Colmenares, 1973; Melo, 1977). Dicho vacío no tardó en comenzar a cubrirse y hoy son muchos los trabajos que se han dedicado al siglo XVIII. Para el caso de Antioquia y Medellín, los historiadores Víctor Álvarez, Pablo Rodríguez, Beatriz Patiño, Renán Silva y Luis Miguel Córdoba colaboraron en las dos obras

colectivas más importantes sobre historia de la región, producidas en las dos últimas décadas del siglo XX: la *Historia de Antioquia* (1987-1988) y la *Historia de Medellín* (1996), ambas bajo la dirección de Jorge Orlando Melo.

De acuerdo con la historiadora Beatriz Patiño, la villa de Medellín durante la centuria de 1700 “fue un poblado pequeño cuya traza urbana no superaba las 45 cuadras. Los pocos pobladores de la villa [6.425 habitantes según el censo de 1778] vivían en casas sencillas y no existían muchos edificios arquitectónicamente importantes” (Patiño, 1996: 138). Fue necesario esperar el final del siglo para que su rostro urbano se destacara con algunas edificaciones representativas de los cambios sociales y económicos en la región, pues el incremento en la producción de oro aumentó notoriamente entre 1750 y 1800.<sup>10</sup>

**Figura 6.** Villa de Medellín a finales del siglo XVIII, 1790. Mapa de José María Giraldo, Archivo General de la Nación, Bogotá



10 Para los datos de este punto ver: Ann Twinam. *Mineros, comerciantes y labradores: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia: 1763-1810*, (1ª edición en inglés: University of Texas, 1982), Medellín, Faes, 1985. “Desde la década de 1760 hasta la de 1800, los comerciantes antioqueños quintuplicaron el valor de sus importaciones; Medellín y Rionegro surgieron como los principales centros de distribución de mercancías para los distritos mineros”. (p.120).

En ese sentido, la historiadora norteamericana Ann Twinam resumió las consecuencias que ocasionaron los cambios materiales del siglo XVIII en las élites de la región, e indicó la forma como sus relaciones con el mundo exterior se intensificaron. Cambios iniciados en las primeras décadas del siglo XVIII, cuando la crisis en los antiguos distritos mineros de la época de la Conquista, obligó a la búsqueda de nuevas fuentes de riqueza. En ese proceso se fortaleció el desarrollo económico de la Villa de Medellín y sus alrededores:

*“Los comerciantes antioqueños rechazaron su papel de intermediarios de los comerciantes de Santa Fe de Bogotá y de Cartagena. En lugar de ello fueron directamente a los mercados abastecedores, fletaron buques a Jamaica, y finalmente las firmas más prósperas abrieron sucursales en Europa. Para la década de 1820, los comerciantes antioqueños no dependían ya del capital creado por los mineros. El comercio generaba más comercio. (...) Aquellos con excedentes de capital establecieron sucursales en Santa Fe de Bogotá; negociaron el empréstito inglés de 1824; en la década de 1840 controlaron la producción de tabaco en Ambalema. Durante la década de 1880 los antioqueños se embarcaron en la producción de café, y comenzaron la producción de su propio ferrocarril, el Ferrocarril de Antioquia. En la primera década de 1900 los antioqueños importaron maquinaria textil e iniciaron la industrialización de Medellín”* (Twinam, 1985: 240 y 241).

La historiadora norteamericana concluyó en su obra, en una perspectiva un tanto determinista, que la riqueza proveniente de la recuperación minera de la región al final del siglo XVIII permitió que los hijos y nietos de la élite medellinense de aquellos años enfrentaran, en el siglo XIX, retos y oportunidades del todo diferentes a las que debieron encarar sus antepasados.

En resumen, la región de Antioquia, al finalizar el dominio de la Corona española en la década de 1810, se encontraba en plena expansión económica y social. Sus élites tenían los bolsillos llenos y se estaban apropiando las ideas de “progreso y civilización”. Ideas patrocinadas por las reformas borbónicas en América desde los reinados de Carlos III (1759-

1788) y Carlos IV (1788-1808), y por la propagación del liberalismo gracias a las revoluciones burguesas en Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Eran los cambios sociales que traían los ilustrados, aquellos hombres que no sólo lucharon por la difusión de un conjunto de postulados sino que intentaron también establecer una serie de “prácticas cotidianas ilustradas”. Muchas de ellas se relacionaron con las transformaciones ocurridas en las instituciones educativas (la aparición de nuevas disciplinas y nuevos métodos de conocimiento), en los lugares de encuentro entre los hombres de letras (la importancia de tertulias, salones, sociedades y grupos de amigos) o en las formas de ocupación del espacio público (parques, jardines, calles y plazas). Pero también fueron transformaciones vinculadas con asuntos más íntimos y menos visibles como “una norma de aseo del cuerpo, el cambio de una forma de cultivo agrícola, la realización de un censo de población, la observación de un eclipse por tres amigos, el ascenso al cráter de un volcán para tomar sus medidas, etc.” (Silva, 2002: 20).

En Medellín, en el año de 1786, el oidor y visitador Juan Antonio Mon y Velarde, tras la orden real de promulgar leyes y promover reformas inspiradas en las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, estableció la primera escuela pública. Con la misma intención el Concejo de la Villa autorizó al letrado José Joaquín Gómez Londoño (1756-1855) para que abriera un establecimiento privado con cátedras de lectura, primeras letras y gramática. De allí en adelante, la ciudad vio prosperar las instituciones que terminarían por darle la importancia necesaria para convertirse en 1826 en la capital de la Provincia de Antioquia.

Las Sociedades Económicas de Amigos del País fueron organizaciones propias del siglo XVIII en la España borbónica. Se presentaron como instituciones orientadas a la difusión de reformas económicas y culturales. Buscaron la participación de las élites más ilustradas de cada localidad en los nuevos proyectos y pretendieron extender al máximo la educación a todos los sectores sociales. A finales del siglo XVIII se difundieron por la América colonial. En Colombia, en la primera mitad del siglo XIX, se crearon algunas de ellas; por ejemplo, en 1801 se formó en el

Virreinato una Sociedad Económica de Amigos del País. Una carta publicada en un periódico de Bogotá invitaba a su constitución y justificó su utilidad en los siguientes términos:

*“En todos tiempos se han tomado en este Reyno varias medidas para hacer felices a sus habitantes, y por desgracia no han producido los favorables efectos de que eran capaces a pesar de la feracidad de sus terrenos, de la maravillosa variedad de sus temperamentos, de lo rico de sus minas, y de la abundancia de frutos preciosos con que le ha distinguido la naturaleza. (...) Pero, así como no han correspondido los efectos en el tiempo anterior, sin embargo del esmero con que se intentó hacer florecer este Reyno es de recelar suceda en adelante, sino de restablecer un medio capaz de ello qual es un cuerpo patriótico, que dedicado a la reforma de costumbres por medio de la buena educación, y a introducir el buen gusto de la industria, y de las artes, pueda después extender sus conocimientos y cuidados a los ramos indicados y a quantos se les presenten útiles a la sociedad común”* (El Correo Curioso, 1801, N. 39, citado en: Cacia Prada, 199: 184).

En Antioquia, después de la Independencia, el gobernador Francisco Urdaneta Rivadavia, nacido en 1791 en Uruguay, expresó igualmente la necesidad de apoyar las sociedades de amigos del país. Lo hizo a través de un decreto suyo que, el 18 de marzo de 1822, ordenó establecer Juntas Privadas en cada cabecera de Cantón. Debían formarse con un total de siete vecinos nombrados por el mismo Gobierno provincial. Los ideales ilustrados y borbónicos estuvieron allí presentes: educar las élites, moralizar el pueblo, desarrollar los caminos y las poblaciones, fomentar la agricultura, facilitar el comercio y favorecer la industria y la minería. En el grupo de la nueva Sociedad, formada en Medellín, se encontraron finalmente miembros de la iglesia católica y prósperos negociantes. El decreto ordenó las cosas en los siguientes términos: “Individuos de que debe componerse la Junta titulada Sociedad de Amigos del País en Medellín. Señores: Juan Carrasquilla, Juan Uribe, Juan Santa María, el cura Pro. Franco Benítez, José María Uribe, Manuel Tirado, Pro. Manuel Obeso. Medellín, marzo 21 de 1822” (Citado en Duque Betancur, 1968: 583).

Veintitrés años después, en 1845, se fundó en Medellín el periódico *El Amigo del País*, de tendencia liberal y antijesuista. Era el órgano de la Sociedad de Amigos del País encabezada por el abogado y escritor liberal José María Facio Lince (1816-1853). Sociedad fundada el año en que el conservador Mariano Ospina Rodríguez (1805-1885) ascendió a Gobernador de la provincia de Antioquia. El periódico, denunciando la apatía política y cultural en la región, justificó de la siguiente manera la creación del grupo de compañeros: “Conociendo que el pueblo antioqueño en la jeneralidad se desentiende de los negocios públicos, i pone i fija todos sus conatos en el trabajo i en la industria; resolvimos en vista de tales motivos, asociarnos bajo la denominación de ‘Amigos del País’” (El Amigo del País, 1849, N.2: 1).

Con todo, desde la década de 1780 se iniciaron en Medellín instituciones que expresaban los cambios que traía la Ilustración. En efecto, para finales del siglo se levantó el Hospital San Juan de Dios y dos religiosos de la misma orden llegaron en 1801 para hacerse cargo de él, eran el capellán y médico fray José Marcelino Trujillo y el lego fray Nicolás Duarte. Luego, en 1803 se abrió una escuela de primeras letras en el Colegio a cargo de los franciscanos y uno de sus miembros, “el Reverendo Padre Fundador Fray Rafael de la Serna (1760-1838), abrió las Aulas de Latinidad y Letras Menores” (Benítez, 1988: 222). En 1808, en el convento y colegio de San Francisco, se iniciaron los estudios de secundaria y en 1812 el cartagenero Manuel María Viller Calderón fundó la primera imprenta en Rionegro, cerca a Medellín, de la cual salió el primer periódico oficial en la región: *Gaceta Ministerial de la República de Antioquia*, dirigido por los hombres de ciencia Francisco José de Caldas (1770-1816) y Francisco Antonio Ulloa (1783-1816).

En realidad, la primera mitad del siglo XIX fue el escenario de una serie de novedades en la “colonial” Villa de Medellín. Correspondían al progreso económico de sus élites y a las transformaciones culturales que se habían ido integrando por la acción de los jóvenes ilustrados, quienes le otorgaron el título de ciudad en 1813, como una especie de símbolo de su nueva condición. En efecto, en aquellas décadas se impulsó por parte del médico Pedro Uribe Restrepo, formado en Europa, la construcción del



primer teatro de Medellín. Gracias a la acción del inglés Eduard Gregory se organizó igualmente una banda musical en la que participaron los miembros de las élites. En la ciudad y en la región se vivían sin duda años de prosperidad. Otro inglés, el señor Tyrrell Moore, arribó a Antioquia en 1829 y se convirtió en uno de los promotores de las innovaciones técnicas en la explotación de minerales, incrementando con ello la producción y la riqueza en la región. Con Tyrrell Moore llegaron también otros ingenieros extranjeros que dinamizaron el nuevo ambiente de conexiones con el mundo que la riqueza minera y la Independencia habían despertado en las élites de la región.<sup>11</sup> Finalmente, en la década de 1830 se crearon las cátedras de derecho en el Colegio de Antioquia que dieron comienzo a la educación superior en la región.

Ahora bien, no todos eran partidarios de los cambios. En efecto, las ideas liberales de Jeremías Bentham y Destut de Tracy se propagaron, en el nuevo contexto, por las aulas de clase hasta el punto de provocar la ira del clérigo y antiguo rector del Colegio Mayor de Antioquia, José María Botero (1789-?), quien se dedicó a escribir contra ellas y contra el presidente Francisco de Paula Santander (1792-1840), al que juzgaba responsable de la destrucción que dichas teorías ocasionaron al “Reino de Jesucristo”. El cronista José Antonio Benítez incluyó en su *Carnero* varios de los escritos del prelado Botero. Este sacerdote fue juzgado en dos ocasiones en 1836 en la Plaza Principal, la primera por calumnia e injurias contra el presidente de la República y la segunda por sedición, después de que estando encarcelado fue sacado de su celda por sus amigos, quienes utilizaron la fuerza para atacar la cárcel y liberarlo. En el segundo juicio fue condenado a muerte, pero

11 “Así pues, movidos por el interés en las minas antioqueñas vino un buen número de ingenieros europeos, don Carlos S. De Greiff, Tyrrell Moore, Jean B. Boussingault, Edward Walker, Alejandro Johnson, Pedro Nisser, Carl Degenhardt y Reinhold Paschke. (...) Gracias a ellos se incorporaron a la producción minera, nuevos conocimientos de mineralogía, geología, hidráulica, metalurgia, métodos geofísicos, construcción de vías, pólvora, reactivos químicos y maquinaria mecánica, que dieron un nuevo y gran vigor a la minería”. Gabriel Poveda Ramos. “Breve historia de la minería”, en: *Historia de Antioquia*, Medellín: Suramericana, 1988, p.212.

después fue absuelto, gracias a las gestiones de sus amistades que probaron, con ayuda de médicos, haberlo encontrado enfermo de “melancolía”.<sup>12</sup>

### 3. El marco urbano de Medellín y el contexto de la región hacia la mitad del siglo XIX

Cuando la primera República de Colombia terminaba su existencia en 1830, permitiendo así la creación de los nuevos Estados de Venezuela, Ecuador y Nueva Granada, en la ciudad de Medellín vivían 14.000 habitantes.<sup>13</sup>

De acuerdo con algunas crónicas, las calles estaban cubiertas con hierba y tenían forma de cuneta para permitir al agua correr libremente. Con frecuencia, cuando la lluvia caía sobre la ciudad sus habitantes no podían circular con facilidad. Algunos edificios de dos pisos y balcones podían verse en el centro de la pequeña red urbana, exactamente allí donde se encontraba la antigua Plaza Mayor, conocida para mediados del siglo como Plaza Principal. Este fue el lugar ideal para ser considerado hombre notable de la ciudad o persona memorable y famosa. Por ello, las familias más poderosas lo ocupaban con sus viviendas y algunos almacenes.

No se debe olvidar que era en ese cuadrado, rodeado de casas construidas con firmes paredes de tierra pisada, adornadas con ventanas y puertas hechas en

12 El juicio contra José María Botero se encuentra en el Archivo Histórico de Antioquia.

#### 13 Evolución Demográfica de Medellín 1825-1905

Año	Rural	Urbana	Total
1825	6.542	6.050	12.592
1835	6.418	8.382	14.800
1851	7.269	10.375	17.644
1864			23.630
1870			29.765
1883			37.237
1905	28.760	31.055	59.815

Fuente: Víctor Álvarez, “Poblamiento y población en el Valle de Aburrá y Medellín, 1541-1951”, en: *Historia de Medellín*, Medellín: Suramericana, 1996, p.75.

finas maderas talladas y cubiertas con techos en tejas de barro, donde todo el sistema del poder político, económico y cultural se expresaba solemnemente. Era el sitio del mercado y también el espacio donde se podían seguir de cerca las representaciones de teatro y las procesiones religiosas, las ejecuciones de los condenados, las proclamaciones de las leyes, los grandes juicios como el del cura José María Botero en 1836 o el pomposo paso de la primera carroza traída por el rico comerciante Juan Uribe Mondragón, quien se la regaló al Obispo Juan de la Cruz Gómez Plata, justo cuando este le quitaba al cura Botero sus investiduras de sacerdote.

**Figura 8.** Plaza Principal. Medellín, foto de Melitón Rodríguez, 1892.  
Archivo fotográfico, Biblioteca Pública Piloto, Medellín



Las familias se distinguían aún por su pertenencia a las castas, su riqueza y su origen. Así, al ver su vestimenta, los gestos al caminar, el color de la piel o su lugar de vivienda, se podía concluir la posición social que ocupaban los individuos. Si además portaban los apellidos más reputados y conocidos como Restrepo, Gómez, Zea, Álvarez, Lalinde, Uribe, Arango, Mejía y Posada, entre otros, era muy factible que también estuviesen ocupando los puestos públicos en el gobierno y pudiesen ser calificados anteponiendo a sus nombres el “don”, que todavía significaba en las mentes de aquellas generaciones la idea “de origen noble”.

Dadas así las cosas, los miembros de las élites se esforzaron por mantener la máxima elegancia en sus atuendos de forma tal que fuera posible distinguirlos de los demás. Las familias más pudientes importaban sus vestidos directamente desde las capitales europeas para lucirlos de manera cotidiana, así como lo hicieron con el ornamento para el culto a la

patrona titular de la ciudad, María Santísima de la Candelaria, cuando “se consiguió por el conducto y recomendaciones del Señor Doctor Jorge Gutiérrez, y dicho ornamento fue hecho en las famosas fábricas de tejidos de París. Es de fondo blanco de Damasco, con muy lindos dibujos, sobrepuestos, franjas y flecos de hilo de oro fino” (Benítez, 1988: 302).

Muchos de estos artículos pasaban por la isla de Jamaica, donde varios empresarios antioqueños se instalaron durante la primera mitad del siglo XIX,

incrementando de esa manera los contactos con Inglaterra. Según el cronista Lucio A. Restrepo “*el comercio estaba de acuerdo con lo dicho: Don José A. Barrientos, D. Juan Santamaría, D. Juan Uribe, eran tal vez los únicos introductores que traían de Jamaica fulas azules, liencillos, pañolones colorados y muy poco más. Eso sí, géneros de superior calidad, moda que ha pasado reemplazando una gran parte del algodón...*” (Restrepo, 1898, citado en: Latorre Mendoza, 1934: 368).

**Figura 9.** Élite de Medellín. Dibujo de Henry Price. Comisión Corográfica. 1852, Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá



**Figura 10.** Grupos populares en Medellín hacia 1850. Dibujo de Henry Price, 1852, Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá



Las vías que conducían a estos comerciantes de Medellín a los puertos en la costa atlántica colombiana dependieron durante todo el siglo del río Magdalena. Sólo a partir de mediados de la centuria se regularizó la navegación a vapor por el río, pero los caminos entre Medellín y el pequeño puerto de Nare, principal sitio de embarque para dirigirse al exterior, continuaron en muy malas condiciones hasta las primeras décadas del siglo XX, cuando se terminó definitivamente el ferrocarril entre Medellín y Puerto Berrío (1914), y cuando se inició lo que se ha conocido como “la era de las carreteras”. En todo caso, para 1840, según el mismo Lucio A. Restrepo, la salida de Antioquia hacia el exterior “había de hacerse a pie, o si se trataba de alguna persona delicada, en carguero” (Latorre Mendoza, 1934: 368).

Los 9.000 habitantes, que vivían en el casco urbano de Medellín hacia 1840, mantuvieron importantes relaciones con el mundo por medio de sus periódicos y de sus comerciantes.<sup>14</sup> Estos traían de sus viajes variadas mercancías, libros, galanterías e ideas. En efecto, desde la época de la Independencia, cuando Bolívar se refugió en Jamaica y escribió su famosa carta de 1815, las relaciones con la isla bajo dominio inglés fueron muy importantes para el anhelo “civilizador” de las élites colombianas, quienes, además de los intercambios económicos realizados con los negociantes del mar Caribe, impulsaron el acercamiento con varias “hermandades masónicas” (Uribe, 1996: 177).

La prensa de la primera mitad del siglo dio testimonio con frecuencia de varios de los viajes de las élites y de las noticias que llegaban de la ciudad de Kingston.<sup>15</sup> Algunos de los miembros de las familias más acaudaladas de Medellín fueron a estudiar a Jamaica, tal fue el caso de Carlos Coriolano Amador

(1835-1919), uno de los comerciantes más ricos de la segunda mitad del siglo XIX en Antioquia, y de Luciano Restrepo Escobar (1812-1885), quien perfeccionó sus conocimientos de contabilidad en la isla y más tarde fue también un exitoso hombre de negocios y gobernador del Estado Soberano de Antioquia.

Como lo aseveró el historiador Manuel Restrepo Yusti, “la isla caribeña se había convertido a partir de 1820 en centro de compra de oro y de depósito de las famosas mercancías inglesas, como consecuencia de las restricciones comerciales que siguieron a la caída del poder español” (Restrepo Yusti, en línea). Este punto estratégico de comercio fue perdiendo hacia mediados del siglo su importancia cuando los contactos con Europa se ampliaron y los viajes a Francia e Inglaterra se volvieron mucho más frecuentes. De acuerdo con las investigaciones del historiador francés Frédéric Martínez “el promedio anual de colombianos presentes en Europa es, según los datos compilados, inferior a diez antes de 1850, se sitúa entre 15 y 25 de 1850 a 1865, entre 25 y 35 de 1865 a 1880, sobrepasa los 40 a comienzos de los ochenta, y se estabiliza por encima de los 30 viajeros entre 1885 y 1900” (Martínez, 2001: 202). Aunque Martínez no presenta los orígenes regionales de estos viajeros, se puede admitir, en razón de la posesión de recursos de la gente de Antioquia, que un número no despreciable de aquellos “emigrantes” podía ser oriundo de la región.

Ahora bien, Medellín fue percibida hacia mediados del siglo XIX por algunos de sus más prestigiosos escritores como una ciudad de comerciantes. No obstante, hubo otros escritores menos conocidos, ocultos en ocasiones, que vanagloriaban en los periódicos de la época “el progreso” de la región en todos los campos. Un texto anónimo de 1847 presentó un elocuente ejemplo de aquella perspectiva menos difundida que la expresada por el escritor Emiro Kastos (Juan de Dios Restrepo), quien hizo primar en el ámbito nacional, gracias a sus dotes como narrador y a los vínculos que estableció en Bogotá durante su época de estudiante, la imagen de “los antioqueños” comerciantes. Detállense unos apartes del anónimo escritor de 1847:

14 Camilo Botero Guerra, quien publicó en 1888 el primer anuario estadístico de la región, señaló que para 1835 Medellín contaba con 8.382 habitantes en el casco urbano. *Anuario Estadístico de Antioquia*, Medellín, Imprenta del Departamento. 1888.

15 En la *Estrella de Occidente*, en 1815, se señaló: de “Kingston se reciben noticias de que la bandera tricolor tremolaba en todos los fuertes de la Guadalupe”, p. 86.

“BREVE RESEÑA SOBRE  
EL PROGRESO DE ESTA PROVINCIA

...El carácter industrioso de sus hijos es un principio de vida que le da vigor i lozanía, de aquí viene que el hombre vago i el vicioso sean perseguidos con el menosprecio jeneral de sus ciudadanos. El espíritu de asociación que tanto distingue a las naciones civilizadas de Europa, cuando se trata de acometer grandes empresas no ha adquirido, es cierto, entre nosotros un grande desarrollo, i sin embargo, hai cálculo i actividad en las especulaciones mercantiles. (...) La educación pública se encuentra hoi en un estado tan lisonjero, cual nunca se había visto. (...) Sin embargo, es de lamentarse, que algunos padres de familia, regularmente acomodados, por un cariño insensato para con sus hijos, o por no desprenderse, de sus pequeños servicios en negocios domésticos i quizá porque se resienten todavía de una preocupación heredada de allá de los siglos de oscura servidumbre, i que consistía en mirar con horror, i como contrario a la creencia recibida, todo lo que huele a ciencia o tiene por objeto el cultivo del entendimiento humano, privan a aquellos de apreciable beneficio de la instrucción y por consiguiente a sus familias de un brillo que inmortaliza, i a la patria de una de sus más recomendables decoraciones. (...) Gracias al patriotismo de algunos comerciantes de la provincia que han empleado sus capitales en la introducción de libros de todo jénero, confiando para reembolsarlos en la instrucción de sus conciudadanos, ya se encuentra en la provincia un surtido de libros escelentes i pueden adquirirse por una módica suma. (...) Pero si la educación es el medio enérgico que levanta las naciones del humillante estado de la ignorancia, i las hace marchar por la ruta de la civilización, la relijión le da su apoyo, i coadyuva eficazmente a esta feliz tendencia de la humanidad. La relijión también se acata y se respeta entre nosotros. (...) ¡Tan cierto es, que los errores i los principios materialistas de un filosofismo incrédulo ya no hacen eco entre nosotros” (El Antioqueño Constitucional, 1847, N. 50: 199).

La anterior declaración de patriotismo y de admiración por la región fue probablemente escrita por Mariano Ospina Rodríguez, quien era ya uno de los principales protagonistas de la política regional. Ospina escribió con frecuencia en el periódico oficial

de la provincia de Antioquia y defendió el anonimato en los escritos porque así el lector ponía su atención en las ideas expresadas y no en los autores. Era uno de los fundadores del partido conservador y fue de los principales artífices de la imagen que las élites de Antioquia se construyeron de sí mismas. Su participación en la prensa de la región fue constante, y al lado de otros escritores construyó todo un arsenal de calificativos para definir a “los antioqueños”. Uno de sus artículos más importantes en este sentido, *El doctor José Félix de Restrepo y su época*, fue publicado en 1884 al lado de otros textos suyos provenientes de periódicos conservadores de Bogotá y Medellín (Ospina Rodríguez, 1884).

**Figura 11.** Mariano Ospina Rodríguez. En: Luis Latorre Mendoza. *Historia e historias de Medellín*, Medellín, Imprenta Oficial, 1934



Allí describió la región de Antioquia y la Villa de La Candelaria de Medellín a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Resaltó sus aspectos históricos, económicos y políticos, pero añadió una serie de conclusiones sobre “el carácter antioqueño”: espíritu de independencia personal, osadía industrial y facilidad de cálculo sin distinción de clases y de “razas”.

“Carácter que no se ve en las masas de población de los demás países de la nueva ni de la antigua Colombia y que con excepción de Chile, no se nota en ninguna otra región de la América Latina” (Ospina Rodríguez, 1969: 109). Sus consideraciones lo llevaron a preguntarse, hablando de la población de Antioquia, lo siguiente: “¿En qué punto la raza caucasiana, en uno y otro sexo, presenta tipos más elegantes y correctos de sus bellas formas?” (1969: 113).

Preguntas como la anterior, que tenían a su vez una respuesta implícita, fueron finalmente constituyendo la imagen de una “raza antioqueña” que se caracterizó por ser blanca, superior al resto de la población colombiana y adornada con virtudes de justicia. En efecto, Ospina Rodríguez, antiguo presidente de la República, sostuvo al final de su escrito que en Antioquia, durante la primera mitad del siglo XIX, *“los esclavos eran numerosos, no porque fueran frecuentes y cuantiosas las importaciones de africanos, sino porque, siendo bien alimentados y tratados humanamente, se multiplicaban con la misma rapidez que la población libre. En ningún punto de la América fueron tratados los esclavos con más moderación y dulzura que en Antioquia”* (1969: 144).

Esos adjetivos propios de los discursos identitarios se han podido encontrar en muchos de los periódicos del siglo XIX. En lo que concierne la primera mitad, se debe al menos decir que no fueron pocos los ejemplares de prensa que circularon por los pueblos de la región.<sup>16</sup> Casi todos editados e impresos en

Medellín, pero también en algunas poblaciones vecinas como Rionegro, Marinilla, La Ceja o Santa Fe de Antioquia, eran luego enviados a sus agentes y suscriptores. Dichos periódicos fueron el principal escenario en el que se inició en el siglo XIX la consolidación del imaginario identitario regional en Antioquia.

Son muchos los rastros que se encuentran. Ellos constituyeron un segmento de la compleja lucha de representaciones que se gestó entre las élites regionales colombianas durante el siglo XIX y mucha parte del XX. Baste mostrar algunos ejemplos para terminar con este acercamiento a la versión que dieron las élites intelectuales del siglo XIX de la historia de la región:

---

agosto-1831, 3 Núm. **EL CIUDADANO** (Medellín) N. 1 noviembre 25 a marzo 6-1832, 11 Num. **EL SOLDADO** (Editado en Medellín e impreso en Rionegro: Balcázar) N. 1 Diciembre 13-1831 a N. 2 enero 8-1832. **EL ANÁLISIS**. (Editado en Antioquia e impreso en Rionegro: Balcázar). N. 1 Diciembre 13-1831. **EL BATIBURRILLO** (impreso en Rionegro: Balcázar). «Mi casa a un día y año corriente»: 1832. Es el único que se conoce. **CONSTITUCIONAL ANTIOQUEÑO** (Medellín, impreso por Viller Calderón), N. 1 abril 22 a julio 20-1832. **CONSTITUCIONAL DE ANTIOQUIA** (Medellín, nuevo impresor: Balcázar). Julio 29-1832 a enero 30-1837. **LA MISCELÁNEA DE ANTIOQUIA** (Medellín: Balcázar). N. 1 abril 20-1835 a septiembre 20-1838. **LA VOZ DE ANTIOQUIA** (Medellín: Balcázar.) N.1 marzo 29 a mayo 31-1840. **EL ANTIOQUEÑO** (Medellín Balcázar) N. 1 Diciembre 27-1840 N. 26 abril 25-1841. **ANTIOQUIA LIBRE**. (Medellín, Balcázar) N. 1 junio 19, N. 2 junio 26, N. 3 julio 9-1841. **EL CENTINELA DE LA LIBERTAD** (Medellín: Balcázar) N. 1 lunes agosto 9-1841. **EL AMIGO DEL PAÍS** (Medellín, Balcázar) N. 1 diciembre 15-1845 a N. 37 octubre 15-1847. **EL AMIGO DE LA EDUCACIÓN**. La Ceja, editado por José Joaquín Isaza e impreso por Balcázar en Medellín. Mensual. N. 1 septiembre 1-1848 a N. 4 Diciembre 1-1848. **EL RETAZO**. Febrero 1-1848. N. 1. **EL BURRO ALCALDE**. Abril 12-1848. **EL BOBO**. N. 1 septiembre 10-1847 N. 16 julio 15-1848. **EL ANTIOQUEÑO CONSTITUCIONAL** (Medellín: Balcázar) N.1 Septiembre 6-1846 a N. 115 noviembre 12-1848. **LA ESTRELLA DE OCCIDENTE** (Medellín) N. 116 Noviembre 19-1848 a N. 269 Diciembre 30-1851. **EL CENSOR** (Medellín, Balcázar). N. 1 Diciembre 8-1848 a N. 45 abril 28-1849. **EL MEDELLINENSE**. (Medellín, impresor: Jacobo Facio Lince.) N. 1 julio 10 a N. 9 Diciembre 10-1850. **EL CREPÚSCULO**. Medellín. Noviembre 22 a Diciembre 7-1850. **EL ANTIOQUEÑO**. Medellín. Octubre 13-1850 hasta el N. 18 (año?). **EL TRIBUNO** (Medellín) N. 1 septiembre 15, N. 2 Septiembre 30-1850. **NUESTRA OPINIÓN** (Medellín: Balcázar) N.1 mayo 15 a N.11 octubre 6-1850. **EL BRUJO**. Agosto 6-1850.

---

16 **PERIÓDICOS ANTIOQUEÑOS DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX**. Se presentan en orden cronológico. Algunos de ellos no fueron localizados en las hemerotecas consultadas pero están referenciados en trabajos sobre historia del periodismo: **GAZETA MINISTERIAL DE LA REPÚBLICA DE ANTIOQUIA** (Medellín). Septiembre 22-1814 a marzo 19-1815, 26 números conocidos. **ESTRELLA DE OCCIDENTE** (Medellín) Marzo 26-1815 a marzo 22-1816, 7 números. **EL CORREO CURIOSO**. Probablemente 1815. No localizado. **EL METEORO**. Ídem. **EL CENSOR**. Ídem. **GAZETA PROVINCIAL DE ANTIOQUIA** (Medellín) Noviembre 10-1819 a noviembre 30-1819, 5 Núm. **EL ECO DE ANTIOQUIA** (Medellín) N. 1 Mayo 5 a noviembre 24 de 1822. **LA NUEVA ALIANZA**. (Editado en Medellín e impreso en Rionegro por Balcázar) N. 6 enero 15-1831 a N. 9 febrero 3-1831. **EL RECONCILIADOR ANTIOQUEÑO** (Marinilla, impreso en Rionegro por Balcázar) N. 1 junio 16, N. 2 julio 6, N. 3

*“¿Quién os divide encarnizadamente, a vosotros antioqueños, unidos en la rigidez de vuestras costumbres, unidos en vuestras necesidades públicas, unidos en vuestra asidua consagración al trabajo, unidos en la fama de vuestro nombre i de vuestras riquezas en el interior i el extranjero?”* (El Medellínense, 1850, N. 2: 7).

*“Es claro i evidente que el Chocó nada puede hacer por su propia prosperidad, i mucho menos por el estenso territorio que en el bajo Atrato clama por población, civilización e industria. (...) El gobernador de aquella provincia espone que sólo dos escuelas en toda ella se hallan en actividad, i que las demás se encuentran en receso, por falta de recursos pecuniarios. La industria minera carece de estímulo, de método i de actividad; el régimen político de hombres aptos e ilustrados; la agricultura es absolutamente nula. (...) Dudamos que pueda competir en el particular con la provincia de Antioquia. Antioquia por su cercanía, población, riqueza i espíritu emprendedor, puede directamente por sí misma, e indirectamente llamando i protejiendo una inmigración considerable, proporcionar al bajo Atrato una prosperidad creciente, i conquistar por medio de la civilización y el beneficio de toda la República, este interesante país. (...) Dudamos que en el Chocó haya alguno que no prefiera agregarse a la culta, industriosa i progresiva Antioquia, más bien que pertenecer a la condición estacionaria del salvaje estúpido e indolente contemplador del incalculable suelo virgen que se estiende*

*en las márgenes del majestuoso Atrato”* (El Censor, N.4, 1848: 15).

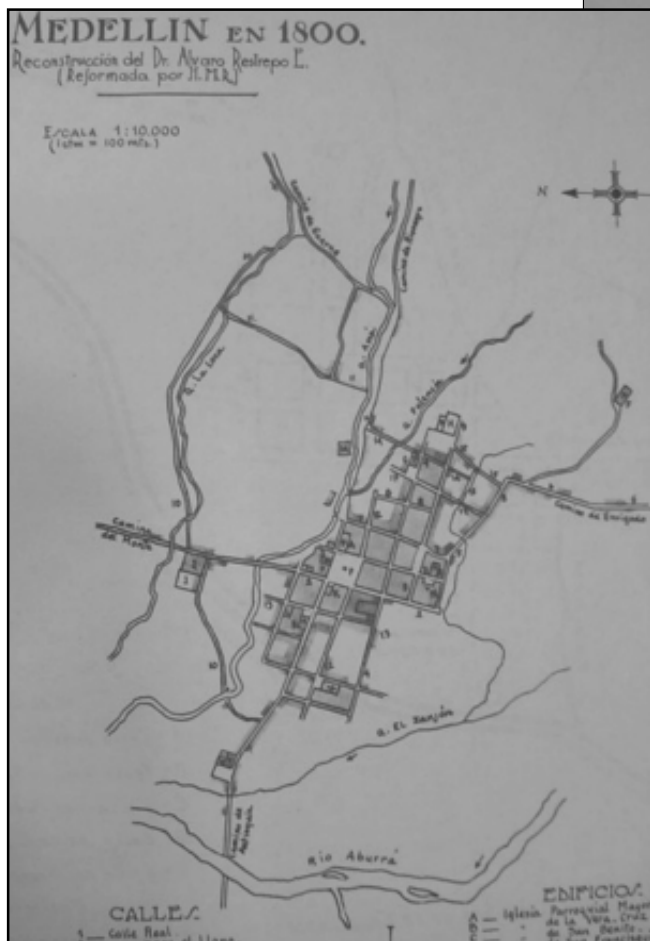
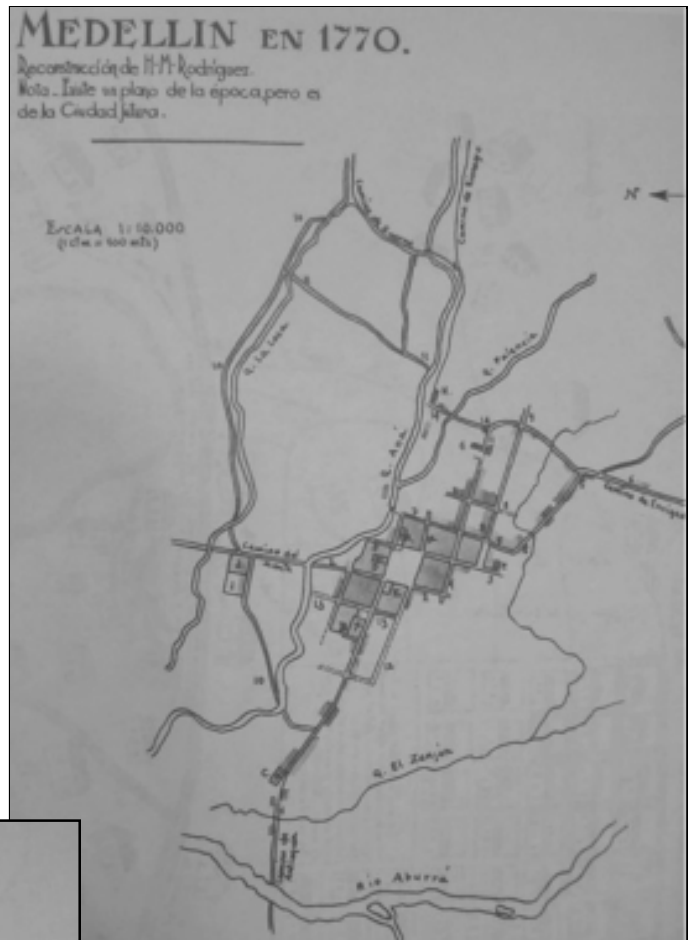
*“Segregando la costa oriental del golfo de Urabá de la provincia de Antioquia a que ha pertenecido desde su creación, [el Gobierno nacional] ha hecho un mal a la gran mira política i comercial que se había concebido de beneficiar aquellos terrenos ahora desiertos i que sólo nosotros como más vecinos podemos desmontar i poblar: decimos política por la urgente necesidad que hai ya de mostrar nuestra población de raza española i mestiza en esa costa donde algunas tribus de indígenas que la habitan pueden servir de pretexto a una usurpación extranjera”* (El Antioqueño Constitucional, 1847, N.68: 275).

*“En la opulenta y risueña Antioquia, en esta tierra bendecida por la Providencia, en esta tierra cuyo suelo brota abundantes subsistencias al menor esfuerzo del agrícola, en esta tierra en que el trabajo i la industria son el exclusivo i constante anhelo de sus hijos, no debe el gobierno nacional temer un pronunciamiento”* (El Amigo del País, 1846: 2).

*“Sin la pronta y eficaz protección de los legisladores, la provincia de Antioquia, rica, poblada e industriosa, vendrá a ser una provincia oscura, cuando otras de menos importancia en el Estado brillarán con todo el esplendor de la ilustración y del saber debido a sus colegios y a sus casas de educación”* (Constitucional de Antioquia, 1833, N.50: 6).



**Figura 12.** Plano de Medellín en 1770, reconstrucción de Horacio Marino Rodríguez, en: Jorge Restrepo Uribe, Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo. Medellín: Servigráficas, 1981.



**Figura 13.** Plano de Medellín en 1800, reconstrucción de Álvaro Restrepo L., reformado por Horacio Marino Rodríguez, en: Jorge Restrepo Uribe, Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo. Medellín: Servigráficas, 1981.





**Figura 14.** Plano de Medellín en 1847, según plano de Hermenegildo Botero en: Jorge Restrepo Uribe, Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo. Medellín: Servigráficas, 1981.



**Figura 15.** Plano de Medellín en 1889, según plano de la Escuela Nacional de Minas, en: Jorge Restrepo Uribe, Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo. Medellín: Servigráficas, 1981.

## Conclusiones

Se ha efectuado un acercamiento al pasado de una región que permite concluir al menos que la historia es interpretación, que el discurso histórico es una narración en la que intervienen las categorías de quien escribe. Conclusión en cierta forma banal y conocida; no obstante, ella posibilita distinguir dos tipos de trabajo: el del historiador y el del historiógrafo. El primero, se ha interesado por lo factual, por aquello que podría permanecer como un hecho histórico real y verdadero, por aquello que permitiría distinguir la verdad de la falsedad. El segundo, el historiógrafo, se ha preocupado por conocer las variadas formas de narrar la historia con el fin de establecer, al menos, un mapa de las escuelas históricas, de los métodos para investigar el pasado, del uso de las fuentes de información, de los objetos de estudio y de la formación académica de los historiadores.

Parece que entre los dos profesionales hubiese una diferencia importante: de un lado, el historiador escoge las obras escritas por sus colegas que a su juicio estén más cercanas a la verdad, pues desea sustentar con ellas sus conclusiones; de otro lado, el historiógrafo trata de no escoger, puesto que todas las narraciones sobre el pasado son material de trabajo, otorgándoles así un mismo nivel de importancia. El historiógrafo no desecha nada: lo que se tiene como verdadero o como falso es igualmente interesante, pues para él, todos los materiales de su historia cumplen funciones sociales, es decir, crean representaciones mentales que se convierten luego, para el historiador, en objetos de estudio.

En este artículo se pretendió trabajar en los dos frentes: como historiadores y como historiógrafos. Se intentó acercarse al real orden de los acontecimientos pero introduciendo a su vez, en ese orden, la variada gama de narraciones que han acometido el tema de la historia de Antioquia: la de historiadores, médicos, abogados, periodistas, clérigos, genealogistas, literatos y artistas; en una palabra, la de las élites intelectuales. Quedaría por introducir en este trabajo la historia no escrita, la historia oral, la que se conoce como la historia popular o la historia no erudita. Esa tarea debe ser objeto de próximos análisis, pues allí podría encontrarse una nueva función del discurso histórico, una nueva dinámica de las ideologías y de los imaginarios.

Para terminar, se piensa que ese trabajo conjunto entre el historiador y el historiógrafo debe sobrepasar la historia regional para extenderse a la historia nacional, para acercarse a las historias que aun partiendo de hechos locales, logran pensar conjuntos espaciales más amplios: un país, un continente, un mundo.

## Bibliografía

### Artículos, libros y sitios en Internet

Álvarez, Víctor (1996). "Poblamiento y población en el Valle de Aburrá y Medellín, 1541 – 1951". En: Historia de Medellín, J. O. Melo (ed.). Medellín: Suramericana, pp. 57-84.

Antonio Manuel, F.S.C.(1962). Historia y Geografía elementales del Departamento de Antioquia. 4a edición. Medellín: Bedout, 57 p.

Arango Mejía, Gabriel (1942). Genealogías de Antioquia y Caldas [1911]. prólogo escrito en 1910. 2 vols. Medellín: Imprenta Editorial.

Atlas básico de Colombia (1982). 4a edición. Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 201 p.

Benítez, José Antonio "El Cojo" (1988). Carnero, y miscelánea de varias noticias, antiguas y modernas, de esta Villa de Medellín. Medellín: Secretaria de Educación y Cultura, 442 p.

Botero Guerra, Camilo (1888). Anuario Estadístico de Antioquia, Medellín: Imprenta del Departamento.

Caballero, Beatriz (1993). "Agustín Codazzi, militar y aventurero". En: Revista Credencial Historia. Bogotá, febrero - agosto, Nos. 38-44. Web: Biblioteca Virtual del Banco de la República, Colombia, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/hac.htm>.

Cacua Prada, Antonio (1991). Orígenes del Periodismo Colombiano. Bogotá: Editorial Kelly, 292 p.

Carrasquilla, Tomás (1958). "Medellín" [1925]. En: Obras completas, 2 vols. Medellín: Bedout. vol 1. pp. 775-809.

Castillo Espitia, Neila (1988). "Las sociedades indígenas prehispánicas". En: J. O. Melo (director). Historia de Antioquia. Medellín: Suramericana, pp. 23-40.

Codazzi, Agustín (1889). Atlas geográfico de la República de Colombia, antigua Nueva Granada; redactado el texto explicativo por el doctor Felipe Pérez; todo de orden del Gobierno Nacional de Colombia. Escala varía. París: Imprenta de A. Lahure.

Colmenares, Germán (1973). Historia económica y social de Colombia, 1537-1719. 1a edición. Cali: Universidad del Valle. 2a edición. Medellín: La Carreta, 1975, 477 p.

De Pauw, Corneille (1768-1770). Recherches philosophiques sur les Américains, ou mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espèce humaine, Défense des Recherches philosophiques sur les Américains. Berlin. 3 vols.

Duque Betancur, Francisco (1968). Historia del Departamento de Antioquia. Medellín: Albon, 1178 p.

Gutiérrez González, Gregorio (1958). "A Medellín desde el Alto de Santa Helena". En: Gutiérrez Gonzalez, Gregorio. Obras completas. Rafael Montoya y Montoya, compilador. Medellín: Bedout, pp. 235 - 237.

Hermelin, Michel (1991). "Geografía física de Antioquia". En: Historia de Antioquia. Medellín: Suramericana, pp. 13-22.

Hermelin, Michel (1996). "Geología y paisaje". En: Historia de Medellín. Bogotá: Suramericana de Seguros, pp. 3-16.

Isaacs, Jorge (1893). La Tierra de Córdoba. Medellín: Imprenta de El Espectador.

Jaramillo, Roberto Luis (1996). "De pueblo de Aburraes a villa de Medellín". En: J. O. Melo (ed). Historia de Medellín. Medellín: Suramericana, pp. 106-120.

Jaramillo Londoño, Agustín. Testamento del paisa. <http://personals.ip.ictonline.es/%2bnelson/paisa4.htm>.

Justo Ramón (hermano) (1964). Geografía Superior de Colombia, 12a edición. Editorial Stella, 329 p.

Latorre Mendoza, Luis (1934). Historia e historias de Medellín, siglos XVII – XVIII – XIX. Medellín: Imprenta Oficial. p. 368.

López, Libardo (1910). La raza antioqueña: breves consideraciones sobre su psicología, desenvolvimiento y educación. Medellín: Imprenta de la Organización, 258 p.

Martínez, Frédéric (2001). El nacionalismo cosmopolita, la referencia europea en la construcción nacional de Colombia, 1845-1900. Bogotá: Banco de la República, 580 p.

Melo, Jorge Orlando (1977). Historia de Colombia, la dominación española. Bogotá: La Carreta, 255 p.

Melo, Jorge Orlando (1988). "La conquista, 1500-1580". En: Historia de Antioquia. Medellín: Suramericana de Seguros, pp. 41-52.

Ospina, Tulio (1901). El oidor Mon y Velarde: regenerador de Antioquia. Medellín: Tipografía del Externado, 32 p.

- Ospina, Tulio (1972). "Decadencia de Antioquia en los siglos XVII y XVIII". En: El Pueblo antioqueño, seis puntos diferentes de seis autores de renombre, Colección Academia Antioqueña de Historia. No. 19, s.p.
- Ospina Rodríguez, Mariano (1969). Escritos sobre economía y política (publicados originalmente como Artículos escogidos) [1884]. 2a edición. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 246 p.
- Patiño, Beatriz (1996). "Medellín en el siglo XVIII". En: Historia de Medellín. Medellín: Suramericana, pp. 137-165.
- Poveda Ramos, Gabriel (1988). "Breve historia de la minería". En: Historia de Antioquia. Medellín: Suramericana, pp. 209-224.
- Piedrahita Echeverri, Javier (1984). Documentos y estudios para la historia de Medellín. Medellín: Colina, 731 p.
- Pombo, Manuel (1914). "De Medellín a Bogotá". En: Obras inéditas de D. Manuel Pombo. Bogotá: Imprenta de La Tribuna, 312 p.
- Posada, Juan de la Cruz (1941). Geografía humana (Antropogeografía). Ediciones de la Revista Universidad Católica Bolivariana, 334 p.
- Posada Arango, Andrés (1871). Ensayo etnográfico sobre los aborígenes del Estado de Antioquia en Colombia, (presentado a la Sociedad de Antropología de París). París, Imprenta De Rouge Hermanos.
- Posada Arango, Andrés (1875). "Essai ethnographique sur les aborigènes de l'Etat d'Antioquia, en Colombie", présenté à la Société d'Anthropologie dans sa séance du 3 août 1871. En: Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris, 2e série. t. 1. 2<sup>ème</sup> fascicule. G. Masson. Paris, pp. 201-231.
- Posada Arango, Andrés (1909). "Medellín, considerada bajo el punto de vista climatérico". En: Estudios científicos. Medellín: Imprenta oficial, pp. 172-193.
- Reclus, Élisée (1893). Colombia. Traducida y anotada por Francisco Javier Vergara y Velasco, edición oficial. Bogotá: Papelería de Samper Matiz, 531 p.
- Restrepo, Antonio José (1975). "Recuerdos sobre Medellín" [1925]. En: Medellín, 1675-1975, homenaje a Medellín. Medellín: Celanese Colombiana, pp. 51-60.
- Restrepo, José Manuel (1985). «Ensayo sobre la Geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia en El Nuevo Reino de Granada», 1ª edición. En: Semanario del Nuevo Reyno de Granada, Santafé Nos. 9, 10, 11 y 12, Marzo de 1809. Reeditado en: Revista Universidad de Antioquia, Medellín. No.202. 1985.
- Restrepo, Lucio A. (1898). "Cosas de mi tierra". En: La Miscelánea: Revista Literaria y Científica, Medellín, Vol. 4. Nos. 2-3, pp. 84-93.
- Restrepo Eusse, Álvaro (1903). Historia de Antioquia (departamento de Colombia): desde la conquista hasta el año 1900. Medellín: Imprenta Oficial, 279 p.
- Restrepo Yusti, Manuel. Comerciantes y banqueros: el origen de la industria antioqueña. Web: Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, <http://www.banrep.gov.co/blaavirtual/boleti3/bol17/comerciaa.htm>.
- Robledo, Emilio (1942). "Prefacio". En: G. Arango Mejía, Genealogías de Antioquia y Caldas, Medellín, Imprenta Editorial, pp. I-XXVI.
- Robledo, Emilio (1963). La raza antioqueña, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 64 p.

Silva, Renán (2002). Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación. Medellín, Bogotá: Banco de la República. Medellín: Eafit, 674 p.

Todorov, Tzvetan (1998). La conquista de América: el problema del otro [1982]. Madrid: Siglo XXI, 277 p.

Twinam, Ann (1985). Mineros, comerciantes y labradores: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia: 1763-1810. (1a edición en inglés: University of Texas, 1982). Medellín: Faes, 252 p.

Uribe, María Teresa (1996). “La política en Medellín, 1820 – 1845”. En: J. O. Melo (ed.). Historia de Medellín. Medellín: Suramericana, pp. 175-187.

Uribe Ángel, Manuel (1885). Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia. Paris: Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan, 783 p.

Vergara y Velasco, Francisco (1901). Nueva Geografía de Colombia. Bogotá: Banco de la República. 3 Vols.

Viztaz, taller de la imagen (2003). Medellín. <http://www.epm.net.co/viztaz/sigloto2.htm>.

### Periódicos referenciados

- Constitucional de Antioquia
- El Amigo del País
- El Antioqueño Constitucional
- El Censor
- El Correo Curioso
- El Medellinense
- Estrella de Occidente